

LA BIBLIOTECA  
en los libros

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

FLACSO, Sede Ecuador

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

Teléfono: 323 88 88

La Pradera E7 -174 y Av. Diego de Almagro

Quito, Ecuador

Gobierno de la Provincia de Pichincha

Consejo Editorial:

Carlos Carcelén

Manuel Chávez

Antonio Correa

Raúl Naranjo

Raúl Pérez Torres

Luis Verdezoto

Corrección y revisión de textos:

Ivanova Córdova

[www.pichincha.gov.ec](http://www.pichincha.gov.ec)

Teléfonos: 252 70 77 – 252 74 51

Manuel Larrea N13-45 y Antonio Ante

Quito, Ecuador

Compiladores:

© Natalia Enríquez, Edwin Madrid y Eduardo Puente

Diseño y diagramación pág. inter.

Omar Araujo

Comunicación Social

ISBN: 978-9978-67-237-2

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización de los compiladores.

Impreso en Ecuador.

---

## PRESENTACIÓN

Varios de los actuales proyectos emblemáticos de FLACSO Sede Ecuador se relacionan con la biblioteca, primero fue la creación de un espacio que incorporó la biblioteca virtual y biblioteca digital, pero además, un sitio de discusión y difusión de trabajos académicos usando las últimas tecnologías; apareció así FLACSO ANDES, luego está el proyecto para lograr que sea la mejor y mayor biblioteca especializada en Ciencias Sociales no solo del Ecuador, sino del Área Andina, que sin duda constituye un reto, para conseguirlo vamos a emprender la construcción de un edificio que albergará a la biblioteca en cinco pisos y la vamos a equipar de mejor manera.

Todo porque estamos convencidos que un centro de educación superior, mucho más si es de postgrado, debe tener una biblioteca, actualizada y bien equipada. Adicionalmente, la biblioteca como espacio cultural debe motivar, difundir, promocionar el mundo del libro y la lectura, de allí que como extensión universitaria, nuestra biblioteca tiene talleres de creación literaria, talleres de la imaginación, y permanentemente realiza eventos culturales abiertos para todo público.

En este marco desde el año pasado se realiza la Fiesta del libro como un espacio lúdico de encuentro de la comunidad académica y del público en general con la cultura, el arte, los libros, la literatura y la lectura; es en este contexto festivo, la aparición de un libro, que habla de la biblioteca, a través de escritores de reconocido prestigio, tiene una lógica clara.

Este libro surge de una selección de textos en la que han trabajado Eduardo Puente, Edwin Madrid y Natalia Enríquez, pero se hace realidad gracias al auspicio del Gobierno de la Provincia de Pichincha.

En sus manos disfrutar de buenas lecturas.

Adrián Bonilla Soria  
DIRECTOR DE FLACSO  
SEDE ECUADOR

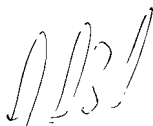
*Hay libros de gala, escritos con el corazón: que excusan con su sinceridad las ligerezas del juicio, libros como acuarelas, con un color que tiene algo de rosa y de miel, y una gracia como de pluma de ave blanca; libros de perla, leche y oro.*

*José Martí*

Se ha dicho que el libro es la extensión del pensamiento del hombre, así como las herramientas de trabajo son la extensión de sus brazos. Entonces, una comunidad en la que el libro no exista ni se promueva su difusión, es como si los hombres y mujeres se movieran en un espacio sin horizontes.

La cultura es la acción continua de vida que identifica los saberes ancestrales y lleva al crecimiento de nuestros pueblos. El Gobierno de la Provincia de Pichincha consciente de esta tarea impulsa, por medio de concursos y otros estímulos, la creación entre los jóvenes de la Provincia y del país, junto a la difusión de escritores consagrados y recientes incluidos en su colección Cochasquí, la misma que es distribuida en forma gratuita en los colegios cantonales.

Por ello, el Gobierno de la Provincia de Pichincha en asocio con la Facultad Latinoamérica de Ciencias Sociales (FLACSO), entrega el presente libro como un homenaje al libro y los lectores y, como una muestra de visión conjunta en beneficio de la cultura de nuestros pueblos.



Gustavo Baroja Narváez

Prefecto Gobierno de la Provincia de Pichincha

# Contenido

Introducción.....	11
<i>Extravíos</i>	
Grabriel Zaid.....	13
<i>De biblioteca</i>	
Umberto Eco.....	14
<i>La sombra del viento</i>	
Carlos Ruiz Safón.....	19
<i>Cosmos</i>	
Carl Sagan.....	26
<i>El gran café novedades</i>	
Frank Westerman.....	33
<i>La biblioteca de Babel</i>	
Jorge Luis Borges.....	37
<i>Vida, pasión y muerte de Eugenio Francisco Xavier de Santa Cruz y Espejo</i>	
Marco Chiriboga.....	46
<i>Ángeles y demonios</i>	
Dan Brown.....	49
<i>La neblina del ayer</i>	
Leonardo Padura.....	61
<i>El paraíso en la otra esquina</i>	
Mario Vargas Llosa.....	72
<i>Diálogo de libros</i>	
Julio Torri.....	75
<i>En el bosque del espejo</i>	
Alberto Manguel .....	81

<i>Kafka en la orilla</i>	
Haruki Murakami.....	92
<i>El Quijote</i>	
Miguel de Cervantes.....	100
<i>Arte del tiempo</i>	
Juan Manuel Roca.....	108
<i>El incendio de un sueño</i>	
Charles Bukowski.....	109
<i>Los oficios perdidos</i>	
Manuel Porras.....	117

## Introducción

Sin duda cuando hablamos de bibliotecas, en nuestra memoria, aparecen libros en estantes, libros sobre mesas, libros en manos de lectores, libros que se consultan y hasta que se leen; libros, en fin, por doquier; pero si cambiamos de mirada, y queremos ver bibliotecas en libros, la cosa en algo se complica porque sería como querer ver los cauces de los ríos en el agua y no agua en los ríos, ver al jardín y no a las rosas; es decir sería como pretender mirar el continente en el contenido, mas esto, en el mundo de los libros, afortunadamente, es posible, es parte de la magia de estos “artefactos” culturales, que constituyen gran parte de las bibliotecas. Y es que ¿puede concebirse una biblioteca sin libros? Si hasta los libros electrónicos, y digitalizados tienen su espacio en el laberinto organizado de la biblioteca.

Por eso, libros en la biblioteca parece obvio, pero queremos aventurarnos a descubrir la biblioteca en los libros.

La Biblioteca de FLACSO Sede Ecuador dentro de su labor de extensión bibliotecaria, ha querido poner en manos de lectoras y lectores una selección de textos que, forman parte de obras mayores de la Literatura, sea en narrativa corta, fragmentos de novelas y ensayos o también en el lenguaje lírico de la poesía.

Hemos convocado para esta cita bibliográfica a uno de los mejores escritores de América Latina y del mundo, Jorge Luis Borges y su *Biblioteca de Babel*, un homenaje a su trayectoria literaria y a su labor como Director de la Biblioteca Nacional Argentina, otros bibliófilos son: Gabriel Zaid con su esperanza de que *Quizá algún día los libros se puedan inyectar*, Carlos Ruiz Safón, con *El cementerio de los libros olvidados*, Carl Sagan y su narración sobre la Biblioteca de Alejandría, Frank Westerman y su encuentro con un ser humano embalsamado en un museo de historia natural con sus indagaciones en la biblioteca. Por su cercanía con nuestra historia reproducimos un pasaje del libro *Vida, pasión y muerte de Eugenio Francisco Xavier de Santa Cruz y Espejo*, otro bibliotecario ilustre, que nos narra cuando el precursor es detenido en la biblioteca. Dejamos que Dan Brown nos hable sobre el Archivo Vaticano, aparecen

también, Leonardo Padura con su novela *La neblina del ayer* y el hallazgo fortuito, de su personaje emblemático, Mario Conde, con una valiosa biblioteca de viejos, Mario Vargas Llosa narrando la búsqueda desesperada que hace Paul Gauguin del poema *El cuervo* de Edgar Allan Poe, Julio Torri con su sabroso *Diálogo de libros*. Porque los libros también conversan entre sí ¿alguien duda, acaso? Alberto Manguel hablándonos de un lector en *El bosque del espejo*, los poetas Juan Manuel Roca, inquieto con la quietud de los libros, Charles Bukowski y su poema ante el incendio de una biblioteca, como también el inolvidable Cervantes y el actual Murakami, para terminar con *Los oficios perdidos* de Manuel Porras.

En nuestro medio, la producción de literatura que trate sobre bibliotecas realmente es escasa, incluso aquella referida a la parte técnica en formación de colecciones, servicios de referencia, elaboración de tesauros acordes a las necesidades del país, educación de usuarios, catalogación y clasificación, etc.,.

12 Se trata entonces de incentivar a escritores y bibliotecarios, pero además y, sobre todo, se busca ofrecer al lector o lectora un libro cuyo contenido es deliciosamente literario tomando como pretexto los libros y las bibliotecas.

Para que este empeño sea posible, se necesitaba de la necesidad, y la hubo en extremo, de parte de Natalia Enríquez y Edwin Madrid, colegas y escritores, de la comprensión de Adrián Bonilla, pero también del apoyo directo que vino, fraternalmente, de la mano de Antonio Correa y del Prefecto de Pichincha Gustavo Baroja, a ellos el reconocimiento a nombre de la Biblioteca de FLACSO Sede Ecuador.

Eduardo Puente Hernández  
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA  
FLACSO SEDE ECUADOR



En este pequeño texto de la revista Biblioteca de México. Número uno/enero-febrero de 1991, p. 9, **Gabriel Zaid** poeta y ensayista mexicano, nacido en Monterrey, Nuevo León, en 1934, nos habla de su sueño desmesurado: viajar por la biblioteca de Babel.

## Extravíos

Mi biblioteca está formada de libros que pienso leer. Los libros que ya leí o que ya no leí (después de un tiempo razonable) los regalo. Por eso he tenido muchas bibliotecas, y en realidad ninguna. Tengo una colección cambiante de esperanzas de lectura.

Hay quienes sueñan con tener detrás una biblioteca impresionante, para fotografiarse, para las visitas, para que se defiendan (o peleen) las viudas y los hijos. Hay quienes sueñan con estar de vuelta de haber leído todo, o cuando menos las lecturas obligadas. Más de uno ha fantaseado con algún nuevo método, que permita ponerse los libros sobre la cabeza, para absorberlos por transmisión directa al cerebro.

Quizá algún día los libros se puedan inyectar. No estaría mal, para volver innatas las tablas de multiplicar, el directorio telefónico, las fechas históricas, los diccionarios, los idiomas, los clásicos, los autores de moda, los trofeos que demuestran que uno ha viajado. Pero yo sueño con viajar.

Mi sueño es desmesurado. Tener todo el tiempo del mundo para leer sin que interrumpan. Viajar sin fin por la biblioteca de Babel. Perderme entre las selvas de libros y más libros como palmeras, como oleajes, como pájaros.

Aventurarme en la maleza de párrafos interminables con garabatos espinosos, el piquete feroz de alguna errata, la resina de tintas olorosas en el guayabo del saber, el rumor atrayente de un argumento que no sabe a dónde va, que desemboca en la felicidad de una playa inesperada.

Alcanzar las sirenas dichas en lo suyo, que sin embargo cantan para mí. Olvidarme, dejando mi cuidado entre los líquenes indescifrables.

El notable autor italiano **Umberto Eco**, en marzo de 1981 fue invitado a dictar una conferencia en la Biblioteca Comunale de Milán, Italia al conmemorarse los 25 años de su sede actual en Palazzo Sarmani. Eco sostuvo en aquella ocasión el texto que sigue: <http://www.abadib.es/pandora/ecoBiblioteca.pdf>

## De biblioteca

14 ...obligado a reflexionar, por la gentil invitación recibida, acerca de lo que se puede decir de una biblioteca, he tratado de establecer cuáles pueden ser los fines, ciertos o inciertos, de una biblioteca. Hice una breve inspección en las únicas bibliotecas a las que tenía acceso, porque permanecen abiertas también durante las horas nocturnas: la de Asurbanipal en Nínive, la de Polícrates en Samo, la de Pisístrato en Atenas, la de Alejandría, que ya en el tercer siglo tenía 400.000 volúmenes y luego en el primer siglo con la del Serapeo, tenía 700.000 volúmenes, luego la de Pérgamo y la de Augusto (en la época de Constantino existían 28 bibliotecas en Roma). También tengo cierta familiaridad con algunas bibliotecas benedictinas, y he comenzado a preguntarme cuál puede ser la función de una biblioteca. Tal vez, al comienzo, en la época de Asurbanipal o de Polícrates era la de recoger los rollos o volúmenes para no dejarlos regados. Más tarde, creo que su función fue la de atesorar: los rollos eran caros. Luego, en la época benedictina, la de transcribir la biblioteca es concebida casi como una zona de paso, el libro llega, se transcribe, el original o la copia parten de nuevo. Creo que en alguna época, tal vez ya entre Augusto y Constantino, pudo ser también la de hacer leer y, por consiguiente, se ajustaba, más o menos, a la resolución de la Unesco que leí en el volumen recibido hoy donde se dice que uno de los fines de la biblioteca es de permitir al público leer los libros. Sin embargo, creo que, más tarde, nacieron bibliotecas cuya función era la de no hacer leer, de esconder, de encubrir el libro. Naturalmente, estas bibliotecas estaban hechas también para permitir reencontrarlo. Siempre hemos admirado la habilidad de los humanistas del siglo XV que reencuentran los manuscritos perdidos. ¿Dónde los encuentran? En

las bibliotecas. Así como éstas servían para esconderlos, servían también para redescubrirlos.

Frente a esta pluralidad de fines de una biblioteca, ahora me permito elaborar un modelo negativo, en veintiún puntos, de mala biblioteca. Naturalmente, se trata de un modelo tan ficticio como el de la biblioteca poligonal. Pero, como en todos los modelos ficticios, que al igual que las caricaturas nacen de la adición de cervices equinas a cuerpos humanos con colas de sirenas y escamas de serpiente, creo que cada uno de nosotros puede reconocer en este modelo negativo los recuerdos lejanos de sus propias aventuras en las más diversas bibliotecas de nuestro país y de otros países. Una buena biblioteca, en el sentido de una mala biblioteca (es decir, un buen ejemplo del modelo negativo que trato de realizar) debe ser ante todo un inmenso *cauchemar*, debe ser totalmente opresiva y, en este sentido, la descripción de Borges es suficiente.

15

A) Los catálogos deben estar divididos al máximo: hay que poner mucho cuidado en separar el de los libros del de las revistas, y éste del de temas, así como los libros de reciente adquisición de los libros de adquisición anterior. En lo posible, la ortografía debe ser diferente en los dos catálogos (adquisiciones recientes y antiguas); por ejemplo, en las adquisiciones recientes retórica estará escrita con r y en las antiguas con rh; Chaikovski en las adquisiciones recientes con ch, mientras que en las antiguas, a la francesa, con Tch.

B) La clasificación por temas debe ser establecida por el bibliotecario. Los libros no deben llevar en el colofón, como suelen hacerlo según una pésima costumbre los volúmenes americanos, indicación alguna acerca de los temas bajo los cuales deben ser clasificados.

C) Las siglas deben ser imposibles de transcribir, ojalá muy numerosas, de modo que cualquier persona que llene la papeleta nunca tenga suficiente espacio para colocar la última denominación y la considere irrelevante, así que el empleado se la devuelva luego para llenarla de nuevo.

D) El tiempo transcurrido entre solicitud y entrega debe ser muy largo.

E) No se debe entregar más de un libro a la vez.

16 F) Los libros entregados por el empleado, solicitados mediante papeleta, no pueden ser llevados a la sala de referencia, es decir, hay que dividir la propia vida en dos aspectos fundamentales, uno para la lectura, y otro para la consulta; esto es, la biblioteca debe desalentar la lectura cruzada de varios libros porque causa estrabismo.

G) En lo posible que no haya absolutamente ninguna máquina fotocopidora; sin embargo, de existir una, el acceso a ella debe ser muy demorado y penoso, el gasto superior al de librería, la reproducción limitadas a dos o tres páginas solamente.

H) El bibliotecario debe considerar al lector un enemigo, un haragán (de no ser así estaría trabajando), un ladrón en potencia.

I) Casi todo el personal debe sufrir de limitaciones físicas. Estoy tocando un punto muy delicado sobre el cual no quiero ironizar. Es función de la sociedad ofrecer posibilidades y oportunidades a todos los ciudadanos, inclusive a los que no están en la plenitud de la edad o de sus condiciones físicas. Sin embargo, la sociedad admite que, por ejemplo, los bomberos sean sometidos a una particular

selección. Existen bibliotecas de universidades americanas en las que la máxima atención está dirigida a los usuarios físicamente impedidos: planos inclinados, baños especiales, hasta el punto de hacer peligrosa la vida para los demás, que resbalan sobre los planos inclinados.

Sin embargo, algunos trabajos en la biblioteca requieren fuerza y destreza: trepar, soportar grandes pesos, etc.; en tanto que existen otras clases de trabajos que pueden ser ofrecidos a todos los ciudadanos que deseen desarrollar una actividad laboral, a pesar de las limitaciones debidas a la edad o a otros factores. Con esto planteo el problema del personal de una biblioteca como algo mucho más afín al cuerpo de bomberos que al de los empleados de un banco, y esto es muy importante, como veremos a continuación.

J) La oficina de información debe ser inalcanzable.

17

K) El préstamo debe desalentarse.

L) El préstamo interbibliotecario debe ser imposible o, de todas maneras, demorar meses; en todo caso, debe existir la imposibilidad de conocer lo que hay en las demás bibliotecas.

M) Como consecuencia de todo esto, los hurtos deberán ser facilísimos.

N) Los horarios deben coincidir totalmente con los de trabajo y ser discutidos previamente con los sindicatos: cierre total el sábado, el domingo, por la noche y en las horas de las comidas. El peor enemigo de la biblioteca es el estudiante que trabaja; su mejor amigo es don Ferrante, alguien que posee una biblioteca propia; por lo tanto no tiene necesidad de ir a la biblioteca y al morir la deja en herencia.

O) Debe ser imposible conseguir de alguna manera refrescos o alimentos dentro de la biblioteca y, en todo caso, tampoco debe ser posible salir de ella a echar un bocado, sin antes haber devuelto todos los libros recibidos para tener que volver a solicitarlos después de haberse tomado un café.

P) No debe ser posible volver a encontrar el mismo libro al día siguiente.

Q) No debe ser posible saber quién tiene prestado el libro faltante.

R) Ojalá no haya excusados.

18

Además, he puesto un requisito Z): idealmente el usuario no debería poder entrar a una biblioteca; admitiendo que entre allí, usufructuando de manera escrupulosa y antipática de un derecho concedido con base en los principios de 1789, sin embargo no asimilados todavía por la sensibilidad colectiva; de todas maneras, a excepción de los rápidos recorridos por la sala de consulta, no debe ni deberá penetrar nunca hasta las entrañas del recinto donde están los anaqueles.

El *Cementerio de los libros olvidados* es la puerta de entrada a *La sombra del viento* de **Carlos Ruiz Zafón** (Barcelona, 1964) con la descripción de los oscuros y empolvados laberintos de esta biblioteca escondida, a la que Daniel Sempere llega de la mano de su padre, el autor nos introduce en una historia que entrelaza la vida del protagonista con la trágica vida del autor del misterioso libro que Daniel rescata de los olvidados estantes.

## La sombra del viento

### El cementerio de los libros olvidados

Todavía recuerdo aquel amanecer en que mi padre me llevó por primera vez a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Desgranaban los primeros días del verano de 1945 y caminábamos por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza y un sol de vapor que se derramaba sobre la Rambla de Santa Mónica en una guirnalda de cobre líquido.

—Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie —advirtió mi padre—. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

—¿Ni siquiera a mamá? —inquirí yo, a media voz.

Mi padre suspiró, amparado en aquella sonrisa triste que le perseguía como una sombra por la vida.

—Claro que sí —respondió cabizbajo—. Con ella no tenemos secretos. A ella puedes contárselo todo.

Poco después de la guerra civil, un brote de cólera se había llevado a mi madre. La enterramos en Montjuic el día de mi cuarto cumpleaños. Sólo recuerdo que llovió todo el día y toda la noche, y que cuando le pregunté a mi padre si el cielo lloraba le faltó la voz para responderme. Seis años después, la ausencia de mi madre era para mí todavía un espejismo, un silencio a gritos que aún no había aprendido a acallar con palabras. Mi padre y yo vivíamos en un pequeño piso de la calle Santa Ana, junto a la plaza de la iglesia. El piso estaba situado justo encima de la librería especializada en ediciones de coleccionista y libros usados heredada de mi abuelo, un bazar encantado que mi padre confiaba en que algún día pasaría a mis manos. Me crié entre libros, haciendo amigos invisibles en

páginas que se deshacían en polvo y cuyo olor aún conservo en las manos. De niño aprendí a conciliar el sueño mientras le explicaba a mi madre en la penumbra de mi habitación las incidencias de la jornada, mis andanzas en el colegio, lo que había aprendido aquel día... No podía oír su voz o sentir su tacto, pero su luz y su calor ardían en cada rincón de aquella casa y yo, con la fe de los que todavía pueden contar sus años con los dedos de las manos, creía que si cerraba los ojos y le hablaba, ella podría oírme desde donde estuviese. A veces, mi padre me escuchaba desde el comedor y lloraba a escondidas.

Recuerdo que aquel alba de junio me desperté gritando. El corazón me batía en el pecho como si el alma quisiera abrirse camino y echar a correr escaleras abajo. Mi padre acudió azorado a mi habitación y me sostuvo en sus brazos, intentando calmarme.

20 —No puedo acordarme de su cara. No puedo acordarme de la cara de mamá —murmuré sin aliento.

Mi padre me abrazó con fuerza.

—No te preocupes, Daniel. Yo me acordaré por los dos.

Nos miramos en la penumbra, buscando palabras que no existían. Aquélla fue la primera vez en que me di cuenta de que mi padre envejecía y de que sus ojos, ojos de niebla y de pérdida, siempre miraban atrás. Se incorporó y descorrió las cortinas para dejar entrar la tibia luz del alba.

—Anda, Daniel, vístete. Quiero enseñarte algo —dijo.

—¿Ahora? ¿A las cinco de la mañana?

—Hay cosas que sólo pueden verse entre tinieblas —insinuó mi padre blandiendo una sonrisa enigmática que probablemente había tomado prestada de algún tomo de Alejandro Dumas.

Las calles aún languidecían entre neblinas y serenos cuando salimos al portal. Las farolas de las Ramblas dibujaban una avenida de vapor, parpadeando al tiempo que la ciudad se desperezaba y se desprendía de su disfraz de acuarela. Al llegar a la calle Arco del Teatro nos



aventuramos camino del Raval bajo la arcada que prometía una bóveda de bruma azul. Seguí a mi padre a través de aquel camino angosto, más cicatriz que calle, hasta que el reluz de la Rambla se perdió a nuestras espaldas. La claridad del amanecer se filtraba desde balcones y cornisas en soplos de luz sesgada que no llegaban a rozar el suelo. Finalmente, mi padre se detuvo frente a un portón de madera labrada ennegrecido por el tiempo y la humedad.

Frente a nosotros se alzaba lo que me pareció el cadáver abandonado de un palacio, o un museo de ecos y sombras.

—Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

Un hombrecillo con rasgos de ave rapaz y cabellera plateada nos abrió la puerta. Su mirada aguileña se posó en mí, impenetrable.

—Buenos días, Isaac. Éste es mi hijo Daniel —anunció mi padre—. Pronto cumplirá once años, y algún día él se hará cargo de la tienda. Ya tiene edad de conocer este lugar.

El tal Isaac nos invitó a pasar con un leve asentimiento. Una penumbra azulada lo cubría todo, insinuando apenas trazos de una escalinata de mármol y una galería de frescos poblados con figuras de ángeles y criaturas fabulosas. Seguimos al guardián a través de aquel corredor palaciego y llegamos a una gran sala circular donde una auténtica basílica de tinieblas yacía bajo una cúpula acuchillada por haces de luz que pendían desde lo alto. Un laberinto de corredores y estanterías repletas de libros ascendía desde la base hasta la cúspide, dibujando una colmena tramada de túneles, escalinatas, plataformas y puentes que dejaban adivinar una gigantesca biblioteca de geometría imposible. Miré a mi padre, boquiabierto. Él me sonrió, guiñándome el ojo.

—Daniel, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

Salpicando los pasillos y plataformas de la biblioteca se perfilaban una docena de figuras. Algunas de ellas se volvieron a saludar desde lejos, y reconocí los rostros de diversos colegas de mi padre

en el gremio de librereros de viejo. A mis ojos de diez años, aquellos individuos aparecían como una cofradía secreta de alquimistas conspirando a espaldas del mundo. Mi padre se arrodilló junto a mí, sosteniéndome la mirada, me habló con esa voz leve de las promesas y las confidencias.

—Este lugar es un misterio, Daniel, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. Hace ya muchos años, cuando mi padre me trajo por primera vez aquí, este lugar ya era viejo. Quizá tan viejo como la misma ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon. Te diré lo que mi padre me dijo a mí.

22 Cuando una biblioteca desaparece, cuando una librería cierra sus puertas, cuando un libro se pierde en el olvido, los que conocemos este lugar, los guardianes, nos aseguramos de que llegue aquí. En este lugar, los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar algún día a las manos de un nuevo lector, de un nuevo espíritu. En la tienda nosotros los vendemos y los compramos, pero en realidad los libros no tienen dueño. Cada libro que ves aquí ha sido el mejor amigo de alguien. Ahora sólo nos tienen a nosotros, Daniel. ¿Crees que vas a poder guardar este secreto?

Mi mirada se perdió en la inmensidad de aquel lugar, en su luz encantada. Asentí y mi padre sonrió.

—¿Y sabes lo mejor? —preguntó.

Negué en silencio.

—La costumbre es que la primera vez que alguien visita este lugar tiene que escoger un libro, el que prefiera, y adoptarlo, asegurándose de que nunca desaparezca, de que siempre permanezca vivo. Es una promesa muy importante. De por vida —explicó mi padre—. Hoy es tu turno.

Por espacio de casi media hora deambulé entre los entresijos de aquel laberinto que olía a papel viejo, a polvo y a magia. Dejé que mi mano rozase las avenidas de lomos expuestos, tentando mi elección. Atisbé, entre los títulos desdibujados por el tiempo, palabras en lenguas que reconocía y decenas de otras que era incapaz de catalogar. Recorrí pasillos y galerías en espiral pobladas por cientos, miles de tomos que parecían saber más acerca de mí que yo de ellos. Al poco, me asaltó la idea de que tras la cubierta de cada uno de aquellos libros se abría un universo infinito por explorar y de que, más allá de aquellos muros, el mundo dejaba pasar la vida en tardes de fútbol y seriales de radio, satisfecho con ver hasta allí donde alcanza su ombligo y poco más. Quizá fue aquel pensamiento, quizá el azar o su pariente de gala, el destino, pero en aquel mismo instante supe que ya había elegido el libro que iba a adoptar. O quizá debiera decir el libro que me iba a adoptar a mí. Se asomaba tímidamente en el extremo de una estantería, encuadernado en piel de color vino y susurrando su título en letras doradas que ardían a la luz que destilaba la cúpula desde lo alto. Me acerqué hasta él y acaricié las palabras con la yema de los dedos, leyendo en silencio.

23

*La Sombra del Viento*

Julián CARAX

Jamás había oído mencionar aquel título a su autor, pero no me importó. La decisión estaba tomada. Por ambas partes. Tomé el libro con sumo cuidado y lo hojeé, dejando aletear sus páginas. Liberado de su celda en el estante, el libro exhaló una nube de polvo dorado. Satisfecho con mi elección, rehíce mis pasos en el laberinto portando mi libro bajo el brazo con una sonrisa impresa en los labios. Tal vez la atmósfera hechicera de aquel lugar había podido conmigo, pero tuve la seguridad de que aquel libro había

estado allí esperándome durante años, probablemente desde antes de que yo naciese.

Aquella tarde, de vuelta en el piso de la calle Santa Ana, me refugié en mi habitación y decidí leer las primeras líneas de mi nuevo amigo. Antes de darme cuenta, me había caído dentro sin remedio. La novela relataba la historia de un hombre en busca de su verdadero padre, al que nunca había llegado a conocer y cuya existencia sólo descubriría merced a las últimas palabras que pronunciaba su madre en su lecho de muerte. La historia de aquella búsqueda se transformaba en una odisea fantasmagórica en la que el protagonista luchaba por recuperar una infancia y una juventud perdidas, y en la que, lentamente, descubríamos la sombra de un amor maldito cuya memoria le habría de perseguir hasta el fin de sus días. A medida que avanzaba, la estructura del relato empezó a recordarme a una de esas muñecas rusas que contienen innumerables miniaturas de sí mismas en su interior.

24

Paso a paso, la narración se descomponía en mil historias, como si el relato hubiese penetrado en una galería de espejos y su identidad se escindiera en docenas de reflejos diferentes y al tiempo uno solo. Los minutos y las horas se deslizaron como un espejismo. Horas más tarde, atrapado en el relato, apenas advertí las campanadas de medianoche en la catedral repiqueteando a lo lejos. Enterrado en la luz de cobre que proyectaba el flexo, me sumergí en un mundo de imágenes y sensaciones como jamás las había conocido. Personajes que se me antojaron tan reales como el aire que respiraba me arrastraron en un túnel de aventura y misterio del que no quería escapar. Página a página, me dejé envolver por el sortilegio de la historia y su mundo hasta que el aliento del amanecer acarició mi ventana y mis ojos cansados se deslizaron por la última página. Me tendí en la penumbra azulada del alba con el libro sobre el pecho y escuché el rumor de la ciudad dormida goteando sobre los tejados salpicados de púrpura.

El sueño y la fatiga llamaban a mi puerta, pero me resistí a rendirme. No quería perder el hechizo de la historia ni todavía decir adiós a sus personajes.

En una ocasión oí comentar a un cliente habitual en la librería de mi padre que pocas cosas marcan tanto a un lector como el primer libro que realmente se abre camino hasta su corazón. Aquellas primeras imágenes, el eco de esas palabras que creemos haber dejado atrás, nos acompañan toda la vida y esculpen un palacio en nuestra memoria al que, tarde o temprano —no importa cuántos libros leamos, cuántos mundos descubramos, cuánto aprendamos u olvidemos—, vamos a regresar. Para mí, esas páginas embrujadas siempre serán las que encontré entre los pasillos del Cementerio de los Libros Olvidados.

Uno de los más destacados difusores contemporáneos de la ciencia, el astrofísico de la NASA **Carl Sagan**, en su libro *Cosmos* (Ed. Planeta 7ª Edición, 1983. p. 332-336) nos habla de la fabulosa Biblioteca de Alejandría y de las causas de su destrucción.

## Cosmos

26

“La superstición es cobardía ante lo Divino”, escribió Teofrasto, que vivió durante la fundación de la Biblioteca de Alejandría. Habitamos un universo donde los átomos se fabrican en los centros de las estrellas, donde cada segundo nacen mil soles, donde la vida nace entre estallidos gracias a la luz solar y a los relámpagos en los aires y las aguas de planetas jóvenes; donde la materia prima de la evolución biológica se fabrica a veces en la explosión de una estrella a medio camino del centro de la Vía Láctea, donde una cosa tan bella como una galaxia se forma cien mil millones de veces: un Cosmos de quasars y de quarks, de copos de nieve y de luciérnagas, donde puede haber agujeros negros y otros universos y civilizaciones extraterrestres cuyos mensajes de radio pueden estar alcanzando en este momento la Tierra. ¡Qué pálidas son en comparación con esto las pretensiones de la superstición y de la seudociencia! ¡Qué importante es que hagamos progresar y comprendamos la ciencia, esta empresa característicamente humana!

Cada aspecto de la naturaleza revela un profundo misterio y provoca en nosotros una sensación de maravilla y de reverencia. Teofrasto estaba en lo cierto. Quienes se asustan del universo tal como es, quienes proclamen un conocimiento inexistente y conciben un Cosmos centrado en los seres humanos, preferirán los consuelos pasajeros de la superstición. En vez de enfrentarse con el mundo, lo evitan. Pero quienes tienen el valor de explorar el tejido y la estructura del Cosmos, incluso cuando defiere de modo profundo de sus deseos y prejuicios, penetrarán en sus misterios más profundos.

No hay ninguna otra especie en la Tierra que haga ciencia. Hasta ahora es una invención totalmente humana, que evolucionó

por selección natural en la corteza cerebral por una sola razón: porque funciona. No es perfecta. Puede abusarse de ella. Es sólo una herramienta. Pero es con mucho la mejor herramienta de que disponemos, que se autocorriga, que sigue funcionando, que se aplica a todo. Tiene dos reglas. Primera: no hay verdades sagradas; todas las suposiciones se han de examinar críticamente; los argumentos de autoridad carecen de valor. Segunda: hay que descartar o revisar todo lo que no cuadre con los hechos.

Tenemos que comprender el Cosmos tal como es y no confundir lo que es con lo que queremos que sea. Lo obvio es a veces falso, lo inesperado es a veces cierto. Las personas comparten en todas partes los mismos objetivos cuando el contexto es lo suficientemente más amplio. Y el estudio del Cosmos proporciona el contexto más amplio posible. La actual cultura global es una especie de arrogante advenedizo. Llega a la escena planetaria siguiendo a otros actos que han tenido lugar durante cuatro mil quinientos millones de años, y después de echar un vistazo a su alrededor, en unos pocos miles de años, se declara en posesión de verdades eternas. Pero en un mundo que está cambiando tan de prisa como el nuestro, esto constituye una receta para el desastre. No es imaginable que ninguna nación, ninguna religión, ningún sistema económico, ningún sistema de conocimientos tenga todas las respuestas para nuestra supervivencia. Ha de haber muchos sistemas sociales que funcionarían mucho mejor que los existentes hoy en día. Nuestra tarea, dentro de la tradición científica, es encontrarlos.

Sólo en un punto de la historia pasada hubo la promesa de una civilización científica brillante. Era beneficiaria del Despertar jónico, y tenía su ciudadela en la Biblioteca de Alejandría, donde hace 2000 años las mejores mentes de la antigüedad establecieron las bases del estudio sistemático de la matemática, la física, la biología, la astronomía, la literatura, la geografía y la medicina. Todavía estamos construyendo sobre estas bases. La Biblioteca

fue construida y sostenida por los Tolomeos, los reyes griegos que heredaron la porción egipcia del imperio de Alejandro Magno. Desde la época de su creación en el siglo tercero a. de C. hasta su destrucción siete siglos más tarde, fue el cerebro y el corazón del mundo antiguo.

28 Alejandría era la capital editorial del planeta. Como es lógico no había entonces prensas de imprimir. Los libros eran caros, cada uno se copiaba a mano. La Biblioteca era depositaria de las copias más exactas del mundo. El arte de la edición crítica se inventó allí. El Antiguo Testamento ha llegado hasta nosotros principalmente a través de las traducciones griegas hechas en la Biblioteca de Alejandría. Los Tolomeos dedicaron gran parte de su enorme riqueza a la adquisición de todos los libros griegos, y de obras de África, Persia, la India, Israel y otras partes del mundo. Tolomeo III Evergetes quiso que Atenas le dejara prestados los manuscritos originales o las copias oficiales de Estado de las grandes tragedias antiguas de Sófocles, Esquilo y Eurípides. Estos libros eran para los atenienses una especie de patrimonio cultural; algo parecido a las copias manuscritas originales y a los primeros folios de Shakespeare en Inglaterra. No estaban muy dispuestos a dejar salir de sus manos ni por un momento aquellos manuscritos. Sólo aceptaron dejar en préstamo las obras cuando Tolomeo hubo garantizado su devolución con un enorme depósito de dinero. Pero Tolomeo valoraba estos rollos más que el oro o la plata. Renunció alegremente al depósito y encerró del mejor modo que pudo los originales en la Biblioteca. Los irritados atenienses tuvieron que contentarse con las copias que Tolomeo, un poco avergonzado, no mucho, les regaló. En raras ocasiones un Estado ha apoyado con tanta avidez la búsqueda del conocimiento.

Los Tolomeos no se limitaron a recoger el conocimiento conocido, sino que animaron y financiaron la investigación científica y de este modo generaron nuevos conocimientos. Los resultados



fueron asombrosos: Eratóstenes calculó con precisión el tamaño de la Tierra, la cartografió, y afirmó que se podía llegar a la India navegando hacia el oeste desde España. Hiparco anticipó que las estrellas nacían, se desplazan lentamente en el transcurso de los siglos y al final perecen; fue el primero en catalogar las posiciones y magnitudes de las estrellas y en detectar estos cambios. Euclides creó un texto de geometría del cual los hombres aprendieron durante veintitrés siglos, una obra que ayudaría a despertar el interés de la ciencia en Kepler, Newton y Einstein. Galeno escribió obras básicas sobre el arte de curar y la anatomía que dominaron la medicina hasta el Renacimiento. Hubo también como hemos dicho, muchos más.

Alejadría era la mayor ciudad que el mundo occidental había visto jamás. Gente de todas las naciones llegaban allí para vivir, comerciar, aprender. En un día cualquiera sus puertos estaban atiborrados de mercaderes, estudiosos y turistas. Era una ciudad donde griegos, egipcios, árabes, sirios, hebreos, persas, nubios, fenicios, italianos, galos e iberos intercambiaban mercancías e ideas. Fue probablemente allí donde la palabra cosmopolita consiguió tener un sentido auténtico: ciudadano, no de una sola nación, sino del Cosmos<sup>(1)</sup>. Ser un ciudadano del Cosmos...

Es evidente que allí estaban las semillas del mundo moderno. ¿Qué impidió que arraigaran y florecieran? ¿A qué se debe que occidente se adormeciera durante mil años de tinieblas hasta que Colón y Copérnico y sus contemporáneos redescubrieron la obra hecha en Alejadría? No puedo daros una respuesta sencilla. Pero lo que sí sé es que no hay noticia en toda la historia de la Biblioteca de que alguno de los ilustres científicos y estudiosos llegara nunca a desafiar seriamente los supuestos políticos, económicos y religiosos de su

---

1 La palabra cosmopolita fue inventada por Diógenes, el filósofo racionalista y crítico de Platón.

sociedad. Se puso en duda la permanencia de las estrellas, no la justicia de la esclavitud. La ciencia y la cultura en general estaban reservadas para unos cuantos privilegiados. La vasta población de la ciudad no tenía la menor idea de los grandes descubrimientos que tenían lugar dentro de la Biblioteca. Los nuevos descubrimientos no fueron explicados ni popularizados. La investigación le benefició poco. Los descubrimientos en mecánica y en la tecnología del vapor se aplicaron principalmente a perfeccionar las armas, a estimular la superstición, a divertir a los reyes. Los científicos nunca captaron el potencial de las máquinas para liberar a la gente<sup>(2)</sup>. Los grandes logros intelectuales de la antigüedad tuvieron pocas aplicaciones prácticas inmediatas. La ciencia no fascinó nunca la imaginación de la multitud. No hubo contrapeso al estancamiento, al pesimismo, a la entrega más abyecta al misticismo. Cuando al final de todo, la chusma se presentó para quemar la Biblioteca no había nadie capaz de detenerla.

El último científico que trabajó en la Biblioteca fue una matemática, astrónoma, física y jefe de la escuela neoplatónica de filosofía: un extraordinario conjunto de logros para cualquier individuo de cualquier época. Su nombre era Hipatia. Nació en el año 370 en Alejandría. Hipatia, en una época en la que las mujeres disponían de pocas opciones y eran tratadas como objetos en propiedad, se movió libremente y sin afectación por los dominios tradicionalmente masculinos. Todas las historias dicen que era de una gran belleza. Tuvo muchos pretendientes pero rechazó todas las proposiciones

---

<sup>2</sup> Con la única excepción de Arquímedes, quien durante su estancia en la Biblioteca Alejandrina inventó el tornillo de agua, que se usa todavía hoy en Egipto para regar los campos de cultivo. Pero también él consideró estos aparatos mecánicos como algo muy por debajo de la dignidad de la ciencia.

matrimoniales. La Alejandría de la época de Hipatia –bajo el dominio romano desde hacía ya tiempo– era una ciudad que sufría graves tensiones. La esclavitud había agotado la vitalidad de la civilización clásica. La creciente Iglesia cristiana estaba consolidando su poder e intentando extirpar la influencia y la cultura paganas. Hipatia estaba sobre el epicentro de estas poderosas fuerzas sociales. Cirilo, el arzobispo de Alejandría, la despreciaba por la estrecha amistad que ella mantenía con el gobernador romano y porque era un símbolo de cultura y de ciencia, que la primitiva Iglesia identificaba en gran parte con el paganismo. A pesar del grave riesgo personal que ello suponía, continuó enseñando y publicando, hasta que en el año 415, cuando iba a trabajar, cayó en manos de una turba fanática de feligreses de Cirilo. La arrancaron del carruaje, rompieron sus vestidos y, armados con conchas marinas, la desollaron arrancándole la carne de los huesos. Sus restos fueron quemados, sus obras destruidas, su nombre olvidado. Cirilo fue proclamado santo.

La gloria de la Biblioteca de Alejandría es un recuerdo lejano. Sus últimos restos fueron destruidos poco después de la muerte de Hipatia. Era como si toda la civilización hubiese sufrido una operación cerebral infligida por propia mano, de modo que quedaron extinguidos irrevocablemente la mayoría de sus memorias, descubrimientos, ideas y pasiones. La pérdida fue incalculable. En algunos casos sólo conocemos los atormentadores títulos de las obras que quedaron destruidas. En la mayoría de los casos no conocemos ni los títulos ni los autores. Sabemos que de las 123 obras teatrales de Sófocles existentes en la Biblioteca sólo sobrevivieron siete. Una de las siete es Edipo rey. Cifras similares son válidas para las obras de Esquilo y de Eurípides. Es un poco como si las únicas obras supervivientes de un hombre llamado William Shakespeare fueran Coriolano y Un cuento de invierno, pero supiéramos que había escrito algunas obras más, desconocidas por nosotros pero al parecer apreciadas en su época, obras tituladas Hamlet, Macbeth,

Julio César, El rey Lear, Romeo y Julieta.

No queda ni un solo rollo procedente del contenido físico de aquella gloriosa Biblioteca. En la moderna Alejandría pocas personas poseen una apreciación aguda, y mucho menos un conocimiento detallado de la Biblioteca alejandrina o de la gran civilización egipcia que la precedió durante miles de años. Acontecimientos más recientes y otros imperativos culturales han tomado la primacía. Lo propio es cierto en todo el mundo. El contacto que tenemos con nuestro pasado es muy tenue. Y sin embargo, a cuatro pasos de los restos del Serapeo hay recuerdos de muchas civilizaciones: esfinges enigmáticas del Egipto faraónico, una gran columna erigida al emperador romano Diocleciano por un lacayo principal porque impidió que los ciudadanos de Alejandría murieran totalmente de hambre; una iglesia cristiana, muchos minaretes, y el sello de la civilización industrial moderna: bloques de apartamentos, automóviles, autobuses, suburbios urbanos, una torre de enlace de microondas. Hay un millón de hilos del pasado entretejidos formando las cuerdas y cables del mundo moderno.

32

Nuestros logros se basan en los logros de 40 000 generaciones de predecesores humanos nuestros, de los cuales, excepto una diminuta fracción, ignoramos el nombre y los olvidamos. De vez en cuando damos por azar con una civilización importante, como la antigua cultura de Ebla, que floreció hace sólo unos miles de años y sobre la cual lo ignorábamos todo. ¡Qué ignorantes somos de nuestro pasado! Inscripciones, papiros, libros, enlazan a la especie humana a través del tiempo y nos permiten oír las voces dispersas y los gritos lejanos de nuestros hermanos y hermanas, de nuestros antepasados. ¡Y qué placer reconocer que se parecen a nosotros!

**Frank Westerman**, en el libro *El negro y yo* (Ed. Océano 2004. p. 101-103) narra su encuentro fortuito, en un museo de historia natural de un pueblo de España, con un ser humano embalsamado, procedente de África. Dicho encuentro lo impacta de tal manera que se dedica a investigar la procedencia exacta de "El negro" y su historia personal; las indagaciones lo llevan a una biblioteca ubicada en los altos del Gran café novedades.

## Gran café novedades

(Barcelona, 1888)

Según me indicaron, la biblioteca que buscaba tenía su sede en el número 115 de las amblas de Barcelona, pero en el 113 había un restaurante árabe, y al lado un cine con rótulos luminosos.

Nada más detenerme en medio de la riada de paseantes, una adivina se levantó enérgicamente de su silla plegable.

— ¡Joven, déjame predecirte el futuro! —.

Me agarró las dos manos, y al ver que yo las tiraba, me aferró por los hombros intentando empujarme hacia la silla. Me liberó un individuo ceceante con apariencia de ilusionista que me tiró del codo y me mostró el interior de su chaqueta, donde pendían de una pinza varias entradas para la sesión de la película de Harry Potter, a punto de comenzar, cuyas localidades estaban agotadas.

Decliné la oferta dándole a entender que ni siquiera se molestara en negociar el precio, ya que iba a la hemeroteca de la Academia de Ciencias.

— Pues no le quedará más remedio que entrar por esta misma puerta, — me dijo.

— Ha de abrirse paso por entre la cola de espectadores. No tiene pérdida —.

Seguí sus instrucciones con la sensación de que me había engañado, pero, en efecto, por detrás de las taquillas y antes de llegar al control de entradas encontré un timbre en la pared. Al pulsarlo sonó un zumbido eléctrico. Se abrió una puerta, y escalera arriba apareció una bibliotecaria en el vano de otra puerta.

A petición mía trajeron a la mesa de consulta los legajos de la publicación mensual *El naturalista*, los números de cinco años

(1886-1891) atados con cintas verdes y encuadernados en tapas de cartón jaspeado. Cada vez que deshacía un lazo, una pequeña nube de polvo se elevaba hacia la lámpara de lectura.

El naturalista ofrecía consejos prácticos acerca del equipamiento del apicultor, la castración de conejos, la cría de palomas, la clasificación de aves según sexo, el engorde de ocas, la fabricación de estufas y la disección de trofeos de caza. Incluía asimismo anuncios (pieles de chimpancé del Congo por doscientas pesetas y embalsamamientos de cuerpos humanos mediante un procedimiento de inyección único a partir de quinientas pesetas) procedentes en exclusiva del editor y propietario de la revista, don Francisco Darder, médico veterinario de gran prestigio.

34 Me había tropezado por primera vez con el señor Darder, o al menos con su efigie, veinte años atrás, en Banyoles, donde tuve oportunidad de contemplar un retrato de perfil del doctor en el museo municipal que lleva su nombre. Unas letras cinceladas en piedra decían: VETERINARIO. FUNDADOR DEL PARQUE ZOOLOGICO DE BARCELONA. Fue aquel hombre de aspecto llamativo quien traslado al Negro a España; fue su mano la que movió al bechuana (el bouchouana de los hermanos Verreaux) de París a Barcelona cual pieza de ajedrez.

En enero de 1888 Darder dio a conocer su intención de abrir excepcionalmente al público su colección privada de historia natural. Hojeando El naturalista encontré bajo el encabezamiento "Museo de Historia Natural" un comentario donde el doctor explicaba que la sección de antropología, etnología y frenología estaba integrada por cráneos de diferentes razas humanas y el cadáver diseccionado, único en su género, de un bechuana, un café originario del África meridional.

Allí volvía a aparecer el Negro, esa vez en España (y medio siglo largo después de haber sido erguido sobre su pedestal).

Me desplazé a Barcelona siguiendo la estela del Negro con la

esperanza de que Darder hubiera dejado más documentación sobre él que los hermanos Verreaux. Deseaba averiguar si por entonces se le miraba con otros ojos durante su debut parisino de 1831.

Y además, ¿qué clase de persona era ese Francisco Darder, dispuesto a cruzar los Pirineos con un Negro disecado en la maleta? ¿Qué convicciones le llevaron a presentar su nueva adquisición como la pieza maestra de su gabinete privado?

El número de febrero de 1888 de *El naturalista* revelaba que el Negro sería exhibido en la planta alta del Gran café novedades. Se informaba al público de que se colocaría un cartel indicador, porque de lo contrario quizá no fuera fácil dar con la entrada (la sala de billar del café). Al recordar cómo había llegado a la sala donde me hallaba se me antojó un detalle sumamente útil. Me imaginé a los visitantes de la exposición de Darder maniobrando por entre los malabarismos de los billaristas y me pregunté qué tipo de público acudía a un «café novedades» en 1888. ¿Cronistas del Diario de Barcelona? ¿O más bien esa casta de caballeros mundanos que vivían holgadamente de las rentas del tabaco cubano? ¿También subieron a ver al Negro los clientes habituales? Y en caso afirmativo, ¿qué sintieron al encontrarse cara a cara con un cafre disecado?

En una tipografía elegante se indicaba que la inauguración de esa magnífica muestra privada coincidiría con la Exposición Universal de Barcelona. Francisco Darder no pudo haber elegido momento más oportuno para presentar al Negro: aquel verano la Exposición universal atraería a 2.240.000 personas provenientes de veintisiete países.

Seguí pasando hojas, al parecer con demasiada premura, porque de pronto aterricé en 1889. Volví atrás, febrero de 1888, y otra vez adelante, marzo de 1889. En medio sólo se percibía un olor a viejo. Faltaban doce números, los más importantes, cuando menos para mí. ¿Se habían perdido? ¿Estaban mal archivados? ¿Los habían robado?

Justo cuando iba a preguntar a la bibliotecaria, posé la mirada en un aviso a los suscriptores: la redacción se disculpaba por no haber podido editar la revista durante el año de la Exposición universal debido a la delicada salud de su director, don Francisco Darder.



**Jorge Luis Borges** (Buenos Aires, 1899, Ginebra, Suiza, 1986) uno de los mayores escritores de todos los tiempos, quien fue Director de la Biblioteca Nacional de su país, nos propone uno de sus textos fantásticos dedicados a la biblioteca. *Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1974.

## La biblioteca de Babel

El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono, se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería, idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades finales. Por ahí pasa la escalera espiral, que abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito... La luz procede de unas frutas esféricas que llevan el nombre de lámparas. Hay dos en cada hexágono: transversales. La luz que emiten es insuficiente, incesante.

Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos; ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono en que nací. Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída, que es infinita. Yo afirmo que la Biblioteca es interminable.

Los idealistas arguyen que las salas hexagonales son una forma necesaria del espacio absoluto o, por lo menos, de nuestra intuición del espacio. Razonan que es inconcebible una sala triangular o pentagonal. (Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo, que da toda la vuelta de las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras, oscuras. Ese libro cíclico es Dios) Básteme, por ahora, repetir el dictamen clásico: La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible.

A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro es de cuatrocientas diez páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro. También hay letras en el dorso de cada libro; esas letras no indican o prefiguran lo que dirán las páginas. Sé que esa inconexión, alguna vez, pareció misteriosa. Antes de resumir la solución (cuyo descubrimiento, a pesar de sus trágicas proyecciones, es quizá el hecho capital de la historia) quiero rememorar algunos axiomas.

El primero: La Biblioteca existe ab aeterno. De esa verdad cuyo corolario inmediato es la eternidad futura de mundo, ninguna mente razonable puede dudar. El hombre, el imperfecto bibliotecario, puede ser obra del azar o de los demiurgos malévolos; el universo, con su elegante dotación de anaqueles, de tomos enigmáticos, de infatigables escaleras para el viajero y de letrinas para el bibliotecario sentado, sólo puede ser obra de un dios. Para percibir la distancia que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano garabatea en la tapa de un libro, con las letras orgánicas del interior: puntuales, delicadas, negrísimas, inimitablemente simétricas.

El segundo: El número de símbolos ortográficos es veintico<sup>(1)</sup>.

1 El manuscrito original no contiene guarismos o mayúsculas. La puntuación ha sido limitada a la coma y al punto. Esos signos, el espacio y las veintidós letras del alfabeto son los veinticinco símbolos suficientes que enumera el desconocido. (Nota del Editor).

Esa comprobación permitió, hace trescientos años, formular una teoría general de la Biblioteca y resolver satisfactoriamente el problema que ninguna conjetura había descifrado: la naturaleza informe y caótica de casi todos los libros. Uno, que mi padre vio en un hexágono del circuito quince noventa y cuatro, constaba de las letras M C V perversamente repetidas desde el renglón primero hasta el último. Otro (muy consultado en esta zona) es un mero laberinto de letras, pero la página penúltima dice Oh tiempo tus pirámides. Ya se sabe: por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias. (Yo sé de una región cerril cuyos bibliotecarios repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en los libros y la equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano... Admiten que los inventores de la escritura imitaron los veinticinco símbolos naturales, pero sostienen que esa aplicación es casual y que los libros nada significan en sí. Ese dictamen, ya veremos, no es del todo falaz).

39

Durante mucho tiempo se creyó que esos libros impenetrables correspondían a lenguas pretéritas o remotas. Es verdad que los hombres más antiguos, los primeros bibliotecarios, usaban un lenguaje asaz diferente del que hablamos ahora; es verdad que unas millas a la derecha la lengua es dialectal y que noventa pisos más arriba, es incomprensible. Todo eso, lo repito, es verdad, pero cuatrocientas diez páginas de inalterables M C V no pueden corresponder a ningún idioma, por dialectal o rudimentario que sea. Algunos insinuaron que cada letra podía influir en la subsiguiente y que el valor de M C V en la tercera línea de la página 71 no era el que puede tener la misma serie en otra posición de otra página, pero esa vaga tesis no prosperó. Otros pensaron en criptografías; universalmente esa conjetura ha sido aceptada, aunque no en el sentido en que la formularon sus inventores.

Hace quinientos años, el jefe de un hexágono superior<sup>(2)</sup> dio con un libro tan confuso como los otros, pero que tenía casi dos hojas de líneas homogéneas. Mostró su hallazgo a un descifrador ambulante, que le dijo que estaban redactadas en portugués; otros le dijeron que en yiddish. Antes de un siglo pudo establecerse el idioma: un dialecto samoyedo-lituano del guaraní, con inflexiones de árabe clásico. También se descifró el contenido: nociones de análisis combinatorio, ilustradas por ejemplos de variaciones con repetición ilimitada. Esos ejemplos permitieron que un bibliotecario de genio descubriera la ley fundamental de la Biblioteca. Este pensador observó que todos los libros, por diversos que sean, constan de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto. También alegó un hecho que todos los viajeros han confirmado: No hay en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos. De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basírides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito.

---

2 Antes por cada tres hexágonos había un hombre. El suicidio y las enfermedades pulmonares han destruido esa proporción. Memoria de indecible melancolía: a veces he viajado muchas noches por corredores y escaleras pulidas sin hallar un solo bibliotecario.

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono. El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza. En aquel tiempo se habló mucho de las Vindicaciones: libros de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir. Miles de codiciosos abandonaron el dulce hexágono natal y se lanzaron escaleras arriba, urgidos por el vano propósito de encontrar su Vindicación. Esos peregrinos disputaban en los corredores estrechos, proferían oscuras maldiciones, se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban los libros engañosos al fondo de los túneles, morían despeñados por los hombres de regiones remotas. Otros se enloquecieron... Las Vindicaciones existen (yo he visto dos que se refieren a personas del porvenir, a personas acaso imaginarias) pero los buscadores no recordaban que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna pérfida variación de la suya, es computable en cero.

También se esperó entonces la aclaración de los misterios básicos de la humanidad: el origen de la Biblioteca y del tiempo. Es verosímil que esos graves misterios puedan explicarse en palabras: si no basta el lenguaje de los filósofos, la multiforme Biblioteca habrá producido el idioma inaudito que se requiere y los vocabularios y gramáticas de ese idioma. Hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan los hexágonos... Hay buscadores oficiales, inquisidores. Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; hablan de una escalera sin peldaños que casi los mató; hablan de galerías y de escaleras con el bibliotecario; alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.

A la desaforada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva. La certidumbre de que algún anaquel en algún hexágono encerraba libros preciosos y de que esos libros preciosos eran inaccesibles, pareció casi intolerable. Una secta blasfema sugirió que cesaran las buscas y que todos los hombres barajaran letras y símbolos, hasta construir, mediante un improbable don del azar, esos libros canónicos. Las autoridades se vieron obligadas a promulgar órdenes severas. La secta desapareció, pero en mi niñez he visto hombres viejos que largamente se ocultaban en las letrinas, con unos discos de metal en un cubilete prohibido, y débilmente remedaban el divino desorden.

42

Otros, inversamente, creyeron que lo primordial era eliminar las obras inútiles. Invadían los hexágonos, exhibían credenciales no siempre falsas, hojeaban con fastidio un volumen y condenaban anaqueles enteros: a su furor higiénico, ascético, se debe la insensata perdición de millones de libros. Su nombre es execrado, pero quienes deploran los “tesoros” que su frenesí destruyó, negligén dos hechos notorios. Uno: la Biblioteca es tan enorme que toda reducción de origen humano resulta infinitesimal. Otro: cada ejemplar es único, irremplazable, pero (como la Biblioteca es total) hay siempre varios centenares de miles de facsímiles imperfectos: de obras que no difieren sino por una letra o por una coma. Contra la opinión general, me atrevo a suponer que las consecuencias de las depredaciones cometidas por los Purificadores, han sido exageradas por el horror que esos fanáticos provocaron. Los urgía el delirio de conquistar los libros del Hexágono Carmesí: libros de formato menor que los naturales; omnipotentes, ilustrados y mágicos. También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del Hombre del Libro. En algún anaquel de algún hexágono (razonaron los hombres) debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese funcionario remoto.

Muchos peregrinaron en busca de Él. Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar el venerado hexágono secreto que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: Para localizar el libro A, consultar previamente un libro B que indique el sitio de A; para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito... En aventuras de éstas, he prodigado y consumido mis años. No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total<sup>3</sup>; ruego a los dioses ignorados que un hombre –¡uno solo, aunque sea, hace miles de años!– lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique.

Afirman los impíos que el disparate es normal en la Biblioteca y que lo razonable (y aun la humilde y pura coherencia) es una casi milagrosa excepción. Hablan (lo sé) de “la Biblioteca febril, cuyos azarosos volúmenes corren el incesante albur de cambiarse en otros y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden como una divinidad que delira”. Esas palabras que no sólo denuncian el desorden sino que lo ejemplifican también, notoriamente prueban su gusto pésimo y su desesperada ignorancia. En efecto, la Biblioteca incluye todas las estructuras verbales, todas las variaciones que permiten los veinticinco símbolos ortográficos, pero no un solo disparate absoluto. Inútil observar que el mejor volumen de los muchos hexágonos que administro se titula *Trueno peinado*, y otro *El calambre de yeso* y otro *Axaxaxas mlö*. Esas proposiciones, a primera vista incoherentes, sin duda son capaces de una justificación criptográfica

3 Lo repito: basta que un libro sea posible para que exista. Sólo está excluido lo imposible. Por ejemplo: ningún libro es también una escalera, aunque sin duda hay libros que discuten y niegan y demuestran esa posibilidad y otros cuya estructura corresponde a la de una escalera.

o alegórica; esa justificación es verbal y, ex hypothesi, ya figura en la Biblioteca. No puedo combinar unos caracteres dhcmrlchtdj que la divina Biblioteca no haya previsto y que en alguna de sus lenguas secretas no encierren un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores; que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios. Hablar es incurrir en tautologías. Esta epístola inútil y palabarrera ya existe en uno de los treinta volúmenes de los cinco anaqueles de uno de los incontables hexágonos –y también su refutación. (Un número n de lenguajes posibles usa el mismo vocabulario; en algunos, el símbolo biblioteca admite la correcta definición ubicuo y perdurable sistema de galerías hexagonales, pero biblioteca es pan o pirámide o cualquier otra cosa, y las siete palabras que la definen tienen otro valor. Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?).

44

La escritura metódica me distrae de la presente condición de los hombres. La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma. Yo conozco distritos en que los jóvenes se prosternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra. Las epidemias, las discordias heréticas, las peregrinaciones que inevitablemente degeneran en bandolerismo, han diezmado la población. Creo haber mencionado los suicidios, cada año más frecuentes. Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana –la única– está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta.

Acabo de escribir infinita. No he interpolado ese adjetivo por una costumbre retórica; digo que no es ilógico pensar que el mundo es



infinito. Quienes lo juzgan limitado, postulan que en lugares remotos los corredores y escaleras y hexágonos pueden inconcebiblemente cesar –lo cual es absurdo. Quienes lo imaginan sin límites, olvidan que los tiene el número posible de libros. Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza<sup>(4)</sup>.

*Mar del Plata, 1941*

---

4 Letizia Álvarez de Toledo ha observado que la vasta Biblioteca es inútil; en rigor, bastaría un solo volumen, de formato común, impreso en cuerpo nueve o en cuerpo diez, que constara de un número infinito de hojas infinitamente delgadas. (Cavalieri a principios del siglo XVII, dijo que todo cuerpo sólido es la superposición de un número infinito de planos). El manejo de ese vademécum sedoso no sería cómodo: cada hoja aparente se desdoblara en otras análogas; la inconcebible hoja central no tendría revés.

Uno de los pasajes de nuestra historia relacionado con las primeras acciones en contra del poder colonial fue la actividad subversiva del precursor Eugenio Espejo. En esta narración de **Marco Chiriboga**, *Vida, pasión y muerte de Eugenio Francisco Xavier de Santa Cruz y Espejo*, FONCAL, 2005. p 152-154. Nos ubicamos en el momento en que Espejo es detenido, precisamente, en la biblioteca.

## Vida, pasión y muerte de Eugenio Francisco Xavier de Santa Cruz y Espejo

El día viernes 30 de enero de 1795 entrada la tarde, la comitiva se presentó en la Biblioteca. Eugenio trabajaba en su escritorio.

— ¡Señor Presidente! —exclamó fingiendo sorpresa. —Es un honor tenerlo por aquí. ¿Hay algo en lo que yo pueda servirle? —acertó a pronunciar poniéndose de pie. Por un momento pensó que la visita podía deberse a una solicitud de aumento de sueldo que envió al Rey el 26 de septiembre del año anterior, sin tomar en cuenta al Presidente.

46 Pero —reflexionó— la razón debía ser el asunto de los pasquines. —Señor de Azcaray, gusto en saludarlo —murmuró dirigiéndose al Escribano. Este esquivó la mirada inquisidora de Espejo y se dedicó a examinar los anaqueles.

—He venido a detenerlo en nombre de la corona —impuso con autoridad el Presidente. Lo acuso de haber cometido actos sediciosos. Le responsabilizo de atentar contra la Majestad del Rey y faltar a mi autoridad—. Dicho esto, se dirigió a Pizarro y sus soldados indicando que lo aprehendieran.

Espejo se quedó inmóvil.

—No sé de qué está usted hablando, V.E. por el amor de Dios. ¿De qué acto sedicioso me está acusando usted?

Proceded a revisar la Biblioteca y la habitación contigua ordenó Muñoz de Guzmán, ignorando el reclamo. —Sargento, vigile al prisionero y usted Notario, elabore un listado de los documentos subversivos conforme aparezcan—. Azcaray se dirigió al escritorio.

—Pero, excelencia... —intentó protestar Eugenio, comprendiendo lo inútil de cualquier reclamo. Era mejor dejarles. No encontrarían nada comprometedor. Se tranquilizó. Los soldados hurgaron en todas partes; luego pasaron a la habitación que le servía de dormitorio sin hallar rastro de las evidencias que se les aseguró encontrarían escondidos en algún rincón. El Presidente revisó los anaqueles, abrió cajones, buscó escritos, leyó las notas que se encontraban entre las páginas de los libros sin ubicar nada que podría servirle para sus propósitos.

—Le conmino, doctor Espejo, a que confiese que usted es autor de los pasquines que andan pegando en las paredes de la ciudad y me diga quiénes fueron sus cómplices —bramó Muñoz de Guzmán levantando un puño en dirección al lugar desde el que Eugenio miraba entre divertido y disgustado el desorden que se iba formando.

—El diablo de su hermano ya está detenido y jura que no hizo más que seguir sus instrucciones —mintió en su afán por debilitar la despectiva actitud de Espejo.

—Francisca Navarrete y su hermano han aportado pruebas irrefutables para condenarlo, doctor. Usted no podrá jugar conmigo como lo hizo con García Pizarro o Villalengua, —pronunció arrastrando las palabras. — Ya no podrá andar por ahí ofendiendo a la gente con sus mamotretos —explotó lanzando por los aires varios libros que atenazaba en sus manos.

—¿Debo entender que estoy bajo sospecha de haber cometido alguna clase de delito...? —inquirió Espejo, adoptando un gesto de inocencia. —Debo recordarle, señor Presidente, que para requisar mis documentos o habitaciones privadas, se debe proceder con una orden del juez y con todo respeto, no me ha presentado ningún documento en ese sentido —manifestó en actitud defensiva.

—Su soldadesca ha destruido mi habitación; han desordenado la Biblioteca y no han encontrado nada que me incrimine. ¡Exijo saber el porqué se me atropella de esta manera! —protestó clavando su

mirada desafiante en los ojos de Muñoz de Guzmán. –Estoy harto de que se me injurie y moleste cada vez que pasa algo en esta ciudad. ¿Soy acaso el único habitante de Quito...? Jamás he escuchado hablar de Francisca Navarrete y en cuanto a mi hermano, lo que tenga o haya tenido con esa dama, no es asunto de mi jurisdicción. ¡De tal manera que agradecería a su excelencia que se me deje en paz...!

El autor del *Código Da Vinci*, **Dan Brown**, en otra de sus novelas *Ángeles y demonios* (Umbriel editores, 2000, p. 220-230) nos narra en este fragmento la búsqueda de un escrito de Galileo, aparentemente escondido en la biblioteca del Vaticano.

## Ángeles y demonios

Langdon y Vittoria se hallaban solos ante las puertas dobles que conducían al sanctasanctórum de los Archivos Secretos. La ornamentación de la columnata consistía en una mezcla incongruente de alfombras de pared a pared sobre suelos de mármol y cámaras de seguridad inalámbricas, situadas junto a los querubines tallados en el techo. Langdon lo bautizó *Renacimiento Estéril*. Al lado de la puerta en forma de arco había una pequeña placa de bronce.

### ARCHIVIO VATICANO

Curatore, Padre Jaqui Tomaso

Padre Jaqui Tomaso. Langdon reconoció el nombre del conservador de las cartas de rechazo que habían aterrizado sobre su escritorio. Apreciado señor Langdon, lamento comunicarle que escribo para denegar...

49

Lamento. Tonterías. Desde que había empezado el reinado de Jaqui Tomaso, Langdon no había conocido ni un solo estudioso norteamericano no católico que hubiera obtenido permiso para acceder a los Archivos Secretos del Vaticano. Il guardiano, le llamaban los historiadores. Jaqui Tomaso era el bibliotecario más irreductible del mundo.

Cuando Langdon empujó las puertas y entró en el santuario, casi esperaba ver al padre Jaqui con uniforme militar y casco montando guardia con un lanzagranadas. No obstante, la estancia estaba desierta.

Silencio. Iluminación suave.

Archivo Vaticano. Uno de los sueños de su vida.

Mientras Langdon paseaba su mirada por la cámara, su primera

reacción fue de vergüenza. Se dio cuenta de lo romántico que era. Las imágenes que durante años había atesorado de esta sala no podían ser más equivocadas. Había fantaseado con estanterías polvorientas llenas de volúmenes manoseados, sacerdotes catalogando a la luz de velas y vidrieras, monjes inclinados sobre pergaminos...

Ni por asomo.

A primera vista, la sala parecía un hangar en penumbras en el que alguien había construido una docena de pistas de tenis. Langdon sabía lo que eran los recintos acristalados. No le sorprendió verlos. La humedad y el calor deterioraban los volúmenes y pergaminos antiguos, y era necesario conservarlos en cámaras herméticas como éstas, cubículos que aislaban la humedad y los ácidos naturales del aire. Langdon había estado en cámaras herméticas muchas veces, pero siempre era una experiencia inquietante, algo parecido a entrar en un contenedor hermético donde un bibliotecario regulaba a su antojo el oxígeno.

50

Las cámaras eran tenebrosas, incluso tétricas, apenas perfiladas por luces diminutas colocadas al final de la estantería. En la negrura de cada celda, Langdon intuyó la presencia de gigantes fantasmales, hilera tras hilera de estanterías altísimas, cargadas de historia. Era una colección impresionante.

Vittoria también parecía aturdida. Contemplaba en silencio los gigantescos cubos transparentes.

El tiempo apremiaba, y Langdon no lo perdió en explorar la estancia apenas iluminada en busca de un catálogo, una enciclopedia que documentara la colección de libros. El resplandor de un puñado de terminales de ordenador distribuidas por la sala llamó su atención.

— Parece que tienen un Biblion. El índice está informatizado.

Una expresión esperanzada apareció en el rostro de Vittoria.

— Eso debería facilitar nuestra búsqueda.

Langdon deseó poder compartir su entusiasmo, pero intuyó que en realidad se trataba de una mala noticia. Se acercó a una terminal y

empezó a teclear. Sus temores se confirmaron al instante.

— El método antiguo habría sido mejor.

— ¿Por qué?

Langdon se alejó del monitor.

— Porque los libros auténticos no están protegidos por contraseñas. Supongo que las físicas no son piratas informáticas natas ¿verdad? Vittoria negó con la cabeza.

— Puedo abrir ostras, y gracias.

Langdon respiró hondo y luego se volvió para contemplar la tétrica colección de cámaras transparentes. Caminó hasta la más próxima y escudriñó el interior. Entre las paredes de cristal había formas amorfas que Langdon reconoció como estantes normales, cilindros para guardar pergaminos, y mesas de examen. Leyó las etiquetas indicadoras que brillaban al final de cada estantería. Como en cualquier biblioteca, las etiquetas indicaban el contenido de esa hilera. Leyó los encabezados mientras se desplazaba a lo largo de la barrera transparente.

51

PIETRO L'EREMITA... LE CROCIATE... URBANO II...  
LEVANT...

— Están etiquetadas —dijo sin dejar de andar—, pero no por orden alfabético de autor.

No le sorprendió. Los antiguos archivos casi nunca se catalogaban por orden alfabético, porque se desconocía la identidad de muchos autores. Los títulos tampoco servían, porque muchos documentos históricos eran cartas sin título o fragmentos de pergamino. Gran parte de la catalogación se hacía por orden cronológico. Sin embargo, lo desconcertante de este orden era que no parecía cronológico.

Langdon era consciente de que el tiempo se le escapaba de las manos.

— Parece que el Vaticano utiliza un sistema propio.

— Menuda sorpresa.

Volvió a examinar las etiquetas. Estos documentos abarcaban siglos, pero las palabras que describían el contenido de los documentos estaban interrelacionadas.

—Creo que se trata de una clasificación temática.

—¿Temática? —preguntó Vittoria en tono de desaprobación científica—. Suena muy ineficaz.

Pues la verdad, pensó Langdon, ahondando en la cuestión, puede que sea el catálogo más astuto que haya visto en mi vida. Siempre había animado a sus estudiantes a comprender las tendencias y motivos globales de un período artístico, antes de perderse en la maraña de datos y obras específicas. Por lo visto, los Archivos del Vaticano se catalogaban con una filosofía similar. Pinceladas esenciales...

—Todo lo que hay en esta cámara —dijo Langdon, cada vez más confiado—, siglos de material está relacionado con las Cruzadas. Es el tema de esta cámara.

52 Todo estaba aquí pensó. Informes históricos, cartas, obras de arte, datos sociopolíticos, análisis modernos. Todo en un solo sitio, con el fin de alentar una comprensión más profunda del tema. Brillante. Vittoria frunció el ceño.

—Pero los datos pueden estar relacionados con múltiples temas al mismo tiempo.

—De ahí las referencias cruzadas con rótulos. —Langdon señaló las etiquetas de plástico de colores insertadas entre los documentos—. Indican los documentos secundarios situados en otro sitio con sus temas principales.

—Claro —dijo la joven, como aceptando su palabra. Puso los brazos en jarras e inspeccionó el enorme espacio. Después, miró a Langdon—. Bien, profesor, ¿cómo se llama esa cosa de Galileo que andamos buscando?

Langdon no pudo reprimir una sonrisa. Aún no acababa de creer que se hallaba en esta sala. Está aquí, pensó. Está esperando en la oscuridad.



—Sígueme —dijo Langdon. Avanzó por el primer pasillo, al tiempo que examinaba las etiquetas de cada cámara—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre el Sendero de la Iluminación, que los Illuminati reclutaban nuevos miembros gracias una prueba complicada?

—La búsqueda del tesoro —dijo Vittoria, pisándole los talones.

—El reto de los Illuminati consistía en que, después de colocar los indicadores, necesitaban comunicar de alguna manera a los científicos que el camino existía.

—Lógico —dijo Vittoria—. De lo contrario, nadie los buscaría.

—Sí, y aunque supieran que el sendero existía, los científicos no tendrían forma de saber dónde empezaba. Roma es enorme.

—De acuerdo.

Langdon avanzó por el siguiente pasillo, examinando las etiquetas mientras andaba.

—Hará unos quince años, un grupo de historiadores de la Sorbona y yo descubrimos una serie de cartas de los Illuminati llenas de referencias al *segno*.

—La señal. El anuncio del sendero y dónde empezaba.

—Sí, y desde entonces, muchos estudiosos de los Illuminati, incluido yo mismo, han descubierto otras referencias al *segno*. Actualmente, se acepta la teoría de que la pista existe, y de que Galileo la hizo circular ampliamente entre la comunidad científica sin conocimiento del Vaticano.

—¿Cómo?

—No estamos seguros, pero lo más probable es que sean publicaciones impresas. Publicó muchos libros y boletines informativos a lo largo de los años.

—Que el Vaticano vio, sin la menor duda. Parece peligroso.

—Es verdad. No obstante, el *segno* se esparció.

—Pero nadie lo ha encontrado aún, ¿verdad?

—No. Aunque parezca extraño, siempre que aparecen alusiones al *segno* (diarios masónicos, revistas científicas antiguas, cartas de los

Illuminati), la referencia se concreta en un número.

—¿Seiscientos sesenta y seis?

Langdon sonrió.

—El quinientos tres, de hecho.

—¿Qué significa?

—No lo hemos podido descifrar. El quinientos tres me fascinó, y lo probé todo con tal de descubrir el significado del número: numerología, referencias a mapas, latitudes. —Langdon llegó al final del pasillo, dobló la esquina y se apresuró a examinar la siguiente hilera de etiquetas—. Durante muchos años, la única pista parecía ser que el quinientos tres empezaba con el número cinco, una de las cifras sagradas de los Illuminati.

Hizo una pausa.

—Algo me dice que lo has descubierto hace poco, y por eso estamos aquí.

54 —Correcto —dijo Langdon, y se permitió uno de sus raros momentos de orgullo por su trabajo—. ¿Te suena el libro que Galileo tituló *Diálogo*?

—Por supuesto. Famoso entre los científicos como la máxima traición científica.

«Traición» no era la palabra que Langdon habría utilizado, pero sabía a qué se refería Vittoria. A principios de la década de 1630, Galileo había querido publicar un libro que apoyara el modelo heliocéntrico copernicano del sistema solar, pero el Vaticano prohibió la publicación del libro hasta que Galileo incluyera una prueba igualmente persuasiva del modelo geocéntrico de la Iglesia, un modelo que Galileo sabía equivocado. Galileo no tuvo otra alternativa que plegarse a las exigencias de la Iglesia y publicar un libro que concedía idéntica extensión al modelo correcto y al equivocado.

—Como supongo que sabrás —dijo Langdon—, pese al compromiso de Galileo, *Diálogo* fue considerado herético, y el Vaticano le puso bajo arresto domiciliario.

—Ninguna buena obra deja de ser castigada.

Langdon sonrió.

—Muy cierto. No obstante, Galileo era tozudo. Mientras estaba bajo arresto domiciliario, escribió en secreto un manuscrito menos conocido, que los estudiosos suelen confundir con el *Diálogo*. El libro se titula *Discorsi*.

Vittoria asintió.

—He oído hablar de él. *Discursos sobre las mareas*.

Langdon se quedó asombrado de que Vittoria conociera la oscura publicación sobre el movimiento de los planetas y su efecto sobre las mareas.

—Estás hablando con una física marina italiana cuyo padre reverenciaba a Galileo.

Langdon rió. Sin embargo, no estaba buscando los *Discorsi*.

Langdon explicó que *Discorsi* no había sido la única obra publicada por Galileo bajo arresto domiciliario. Los historiadores creían que también había escrito un misterioso folleto titulado *Diagramma*.

—*Diagramma della Verità*—dijo Langdon.

—No he oído hablar de él.

—No me sorprende. *Diagramma* fue la obra más secreta de Galileo, una especie de tratado sobre hechos científicos que consideraba auténticos, pero que no podía pregonar. Como algunos manuscritos anteriores de Galileo, *Diagramma* salió bajo mano de Roma gracias a un amigo, y fue publicado con discreción en Holanda. El folleto se hizo muy popular en los medios científicos europeos clandestinos. Después, el Vaticano se enteró y se dedicó a quemar los ejemplares que caían en sus manos.

Vittoria parecía intrigada.

—¿Crees que el *Diagramma* contenía la clave? El segno. La información sobre el Sendero de la Iluminación.

—Creo que Galileo corrió la voz mediante el *Diagramma*.

—Langdon entró en la tercera hilera de cámaras y continuó

examinando las etiquetas—. Hace años que los archivistas andan buscando un ejemplar del *Diagramma*, pero entre la quema de ejemplares del Vaticano y la tasa de permanencia del folleto, éste ha desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Tasa de permanencia?

—Durabilidad. Los archivistas califican los documentos de uno a diez según su integridad estructural. El *Diagramma* fue impreso en papiro. Es como papel de seda. No dura más de un siglo.

—¿Por qué no en algo más resistente?

—Órdenes de Galileo. Para proteger a sus seguidores. Así, cualquier científico que consiguiera un ejemplar podía disolverlo en agua. Era fantástico para destruir pruebas, pero terrible para los archivistas. Se cree que sólo un ejemplar del *Diagramma* sobrevivió más allá del siglo dieciocho.

56 —¿Uno? —Vittoria paseó la vista por la sala, con expresión de estupor—. ¿Y está aquí?

—Confiscado en Holanda por el Vaticano, poco después de la muerte de Galileo. Hace años que solicito que me permitan verlo. Desde que caí en la cuenta de lo que contenía.

Como si leyera la mente de Langdon. Vittoria avanzó por el pasillo y empezó a examinar la hilera de cámaras adyacente.

—Gracias —dijo Langdon—. Busca etiquetas de referencia que tengan algo que ver con Galileo, ciencia, científicos. Lo sabrás cuando la encuentres.

—De acuerdo, pero aún no me has dicho cómo descubriste que el *Diagramma* contenía la clave. ¿Está relacionado con el número recurrente que veías en las cartas de los Illuminati, el quinientos tres?

Langdon sonrió.

—Sí. Tardé bastante, pero al final descubrí que quinientos tres es un código sencillo. Apunta sin duda al *Diagramma*.

Por un instante, Langdon revivió el momento de la inesperada

revelación: 16 de agosto. Dos años atrás. Estaba a la orilla de un lago, durante la boda del hijo de un colega. Del lago llegó música de gaitas cuando la comitiva nupcial efectuó su original entrada: cruzando el lago en una barcaza. La embarcación estaba adornada con flores y guirnaldas. Había unos números romanos pintados con orgullo en el casco: DCII.

Langdon, intrigado por la inscripción preguntó al padre de la novia.

—¿Qué tiene que ver el seiscientos dos?

—¿El seiscientos dos?

Langdon señaló la barcaza.

—DCII es seiscientos dos en números romanos.

El hombre rió.

—No son números romanos. Es el nombre de la barcaza.

—¿DCII?

El hombre asintió.

—Dick y Connie II.

Langdon se sintió ridículo. Dick y Connie eran la pareja que contraía matrimonio. Era evidente que habían bautizado la barcaza en su honor.

—¿Qué fue de la DCI?

El hombre gruñó.

—Se hundió ayer durante el ensayo del banquete—.

Langdon rió.

—Lo siento mucho.

Miró de nuevo la barcaza. DCII, pensó. Como un QEII en miniatura. Un segundo después cayó en la cuenta.

Langdon se volvió hacia Vittoria.

—Quinientos tres es un código, tal como ya te he dicho. Es un truco de los Illuminati para esconder lo que era un número romano.

El número quinientos tres en cifras romanas es...

—DIII.

Langdon alzó la vista.

—Muy rápida. No me digas que eres una illuminata, por favor. Ella rió.

—Utilizo números romanos para codificar estratos pelágicos. Por supuesto, pensó Langdon. Todos lo hacemos.

Vittoria le miró.

—¿Qué significa DIII?

—DI, DII y DIII son abreviaciones muy antiguas. Las utilizaban los científicos para distinguir entre los tres documentos de Galileo que solían confundirse más.

Vittoria respiró hondo.

—*Dialogo...Discorsi...Diagrama.*

—D uno, D dos, D tres. Muy científico, muy polémico. Quinientos tres es DIII. *Diagramma*. El tercer libro.

Un aire de preocupación cruzó la cara de Vittoria.

58 —Hay algo que no acabo de entender. Si este *segno*, esta pista, este anuncio sobre el sendero de la Iluminación estaba en el *Diagramma* de Galileo, ¿por qué no lo advirtió el Vaticano cuando se incautó de los ejemplares?

—Puede que lo vieran y no se dieran cuenta. ¿Recuerdas los indicadores de los Illuminati? Escondían las cosas a plena vista. La disimulación. Por lo visto, el *segno* estaba escondido de alguna manera, a la vista de todos. Invisible para aquellos que no lo buscaban. Y también invisible para los que no lo comprendían.

—¿Qué quieres decir?

—Que Galileo lo escondió bien. Según documentos históricos, el *segno* fue revelado de un modo que los Illuminati llamaban *lingua pura*.

—¿El idioma puro?

—Sí.

—¿Las matemáticas?

—Eso creo yo. Parece evidente. Al fin y al cabo, Galileo era un

científico, y escribía para científicos. Las matemáticas serían el idioma lógico para transmitir una pista. El folleto se llama *Diagramma*, de manera que los diagramas matemáticos pueden formar parte del código.

Vittoria habló en un tono algo más esperanzado.

—Supongo que Galileo pudo crear una especie de código matemático que pasó inadvertido al clero.

—No pareces muy convencida —dijo Langdon mientras avanzaba.

—No lo estoy. Sobre todo porque tú tampoco lo pareces. Si estás tan seguro acerca del DIII ¿Por qué no lo publicaste? En ese caso, alguien con acceso a los Archivos del Vaticano habría podido venir y consultar el *Diagramma*.

—No quería publicarlo —dijo Langdon—. Había trabajado mucho para encontrar la información y...

Calló, avergonzado.

—Querías la gloria.

Langdon se ruborizó.

—Por decirlo de alguna manera. Es que...

—No te avergüences tanto. Estás hablando con una científica. Publica o perece. En el CERN lo llamamos “Demuestra o ahógate”.

—No era sólo que quería ser el primero. También me preocupaba que, si la información del *Diagramma* caía en malas manos, podría desaparecer.

—¿Las malas manos eran las del Vaticano?

—No es que sean malas per se, pero la Iglesia siempre ha subestimado la amenaza de los Illuminati. A principios del siglo veinte, el Vaticano llegó al extremo de afirmar que los Illuminati eran un producto de la imaginación. El clero opinaba, y tal vez estaba en lo cierto, que lo último que necesitaban saber los cristianos era que existía un movimiento anticristiano muy fuerte infiltrado en sus bancos, partidos políticos y universidades.

Tiempo presente, Robert, se recordó. EXISTE una poderosa fuerza anticristiana infiltrada en sus bancos, partidos políticos y universidades.

—¿Crees que el Vaticano habría enterrado cualquier prueba que confirmara la amenaza de los Illuminati?

—Es muy posible. Cualquier amenaza, real o imaginaria, debilita la fe en el poder de la Iglesia.

—Una pregunta más. —Vittoria le miró como si fuera un alienígena—  
¿Hablas en serio?

Langdon se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es éste tu plan para salvar la situación?

Langdon no estaba seguro de si veía compasión o puro terror en sus ojos.

—¿Te refieres a encontrar el *Diagramma*?

60 —No, me refiero a encontrar el *Diagramma*, localizar un segno de hace cuatrocientos años, descifrar un código matemático y seguir un antiguo sendero artístico que sólo los científicos más brillantes de la historia han sido capaces de seguir... y todo antes de cuatro horas.

Langdon se encogió de hombros.

—Estoy abierto a todo tipo de sugerencias.



El autor cubano **Leonardo Padura** (La Habana, 1955) en el primer capítulo de su novela: *La neblina del ayer* (TusQuets, 2008, p. 18-29), narra un inquietante fragmento dedicado a las bibliotecas. En este caso, su personaje legendario, Mario Conde, quien desencantado, abandonara la policía, y desde entonces se gana la vida mediante la compraventa de libros de segunda mano, hace el hallazgo fortuito de una valiosa biblioteca, como si un pobre se sacara el gordo de la lotería; allí empieza la historia, que hace de *La neblina del ayer* una obra fundamental en el contexto de la nueva narrativa hispanoamericana.

## La neblina del ayer

A medida que se adentraba en los misterios del negocio, Mario Conde descubrió que prefería el ejercicio de la compra al de la venta posterior de los volúmenes adquiridos. El acto de vender libros en un portal, en el banco de un parque, en el recodo de una acera prometedor, le remordía los restos de su devastado orgullo, pero sobre todo le engendraba la insatisfacción de tener que desprenderse de un objeto que muchas veces hubiera preferido conservar. Por eso, aunque sus ganancias mermaran, adoptó la estrategia de funcionar sólo como un rastreador, dedicado a nutrir los fondos de los otros vendedores callejeros. Desde entonces, en las prospecciones destinadas a descubrir minas de libros, el Conde, como todos sus colegas de la ciudad, había adoptado tres técnicas complementarias y en cierta forma antagónicas: la más tradicional de visitar a alguien que hubiera reclamado su presencia, gracias a su cimentada fama de comprador justo; la siempre vergonzante y casi medieval de ir anunciándose a voz en cuello por las calles —«Compro libros viejos», «Vaya, aquí está el que te va a comprar tus libros viejos»—, o la más agresiva de tocar a la puerta de las casas con aire propicio y preguntar a quien le abriera si estaba interesado en vender algunos libros usados. La segunda de aquellas técnicas mercantiles resultaba la más eficaz en los barrios de la periferia, eternamente empobrecidos, por lo general poco fértiles para su negocio —aunque no exentos de sorpresas—, y donde el arte de la compra y la venta de todo lo posible y hasta lo imposible había sido por años el recurso de supervivencia de cientos de miles de personas. En cambio, el

sistema de escoger las casas con «olor» se imponía en los barrios antes aristocráticos de El Vedado, Miramar y Kohly, y en algunos sectores de Santos Suárez, el Casino Deportivo y El Cerro, donde la gente, a pesar de la envolvente miseria nacional, había tratado de preservar ciertos modales cada vez más obsoletos.

Lo extraordinario fue que aquella casona umbría de El Vedado, de pretensiones neoclásicas y estructura definitivamente cansada, no había sido escogida por el recurso olfativo y mucho menos como respuesta a sus gritos callejeros.

62 Mario Conde, sumergido en aquellos días en una etapa de salación pura y dura –como la del pescador Santiago de cierto libro en otros tiempos tan admirado–, casi andaba convencido de estar sufriendo una progresiva atrofia del olfato, y ya había gastado tres horas de aquella tarde tórrida del septiembre cubano en aporrear puertas y recibir respuestas negativas, varias veces motivadas por el paso previo de un colega afortunado. Sudoroso y decepcionado, temiendo por la inminente tormenta que anunciaba la acelerada reunión de nubes negras sobre la costa cercana, Conde se disponía a finalizar la jornada, contabilizando las pérdidas en el apartado irrecuperable del tiempo cuando, sin mayor razón, decidió tomar por una calle paralela a la avenida donde debía procurar la captura de un auto de alquiler –¿le gustó la acera poblada de árboles, pensó que acortaría camino o simplemente respondía, aun sin saberlo, a un reclamo de su destino? –y, apenas al doblar la esquina, vio la decrepita mansión, cerrada a cal y canto, envuelta en un aire de espeso abandono. En un primer momento tuvo la certeza de que por su apariencia aquel tipo de casa ya debía de haber sido visitada por otros colegas del negocio, pues las edificaciones de su estilo solían ser productivas: pasado de grandeza incluía biblioteca con tomos forrados en piel; presente de penurias incluía hambre y desesperación, y la fórmula tendía a funcionar para el comprador de libros. Por eso, no obstante su mala racha de las últimas semanas y las altísimas posibilidades

de que sus competidores ya hubieran pasado por allí, el Conde obedeció el impulso casi irracional que lo conminaba a abrir la reja, atravesar el jardín convertido en huerto de subsistencia poblado de plátanos, raquílicas matas de maíz y voraces bejucos de boniato, subir los cinco escalones que daban acceso al fresco portal y, sin meditarlo apenas, levantar la aldaba de bronce verdecido de la puerta de invencible caoba negra, quizás barnizada por última vez antes del descubrimiento de la penicilina.

—Buenos días—dijo cuando se abrió la puerta, y sonrió cortésmente, como indicaba el manual.

La mujer, a la que Mario Conde trató de ubicar en el interregno descendente de los sesenta años, no se dignó responder al saludo y lo observó con dureza crítica, suponiendo con toda seguridad que el visitante era justo lo opuesto: un vendedor. Ataviada con un batón gris llovido de prehistóricos goterones de grasa, con el cabello descolorido y salpicado de escamas de caspa, tenía la piel casi transparente, surcada de venas pálidas, y era dueña de unos ojos espantosamente tristes.

—Usted me disculpa la molestia... Yo me dedico a comprar y vender libros de segunda mano—siguió, evitando decir «viejos»— y ando averiguando a ver si usted sabe de alguien...

Ésta era la regla de oro: usted nunca es quien anda tan jodido como para verse obligado a vender su biblioteca, o la de su padre, otrora doctor con gabinete famoso y cátedra universitaria, o la de su abuelo, quizás hasta senador de la república o tal vez veterano de las guerras de independencia. Pero quizás sabe quién, ¿verdad?

La mujer, como inmune a las emociones, no dio indicios de sorprenderse con la misión del recién llegado. Lo miró impávida por unos segundos morosos y expectantes, y Mario Conde se sintió en el filo de la navaja, pues su adiestramiento le advirtió que una decisión tremenda parecía resolverse en el cerebro oxidado, urgido de grasas y proteínas, de la mujer transparente.

—Bueno —empezó ella—, la verdad es que no, digo, no sé si por fin... Mi hermano y yo habíamos estado pensando... ¿Dionisio le dijo que viniera?

Conde vio una luz de esperanzas y trató de ubicarse en la pregunta, pero se sintió suspendido en el aire. ¿Acaso había dado en el blanco?

—No, no... ¿Dionisio?

—Mi hermano —aclaró la mujer gastada—. Es que tenemos una biblioteca aquí. Muy valiosa, ¿sabe? A ver, pase... Siéntese. Un momentico... —y el Conde creyó advertir en su voz una determinación capaz de imponerse a las calamidades más férreas de la vida.

64 La mujer de los ojos mustios se perdió en el interior de la mansión, atravesando una especie de pórtico erigido sobre dos columnas toscanas de reluciente mármol negro vetado en verde, y el Conde lamentó su deficiente conocimiento de la difuminada aristocracia criolla, ignorancia que le impedía saber, o siquiera suponer, quiénes habían sido los dueños originales de aquella marmórea edificación y si los actuales ocupantes eran sus descendientes o sólo los beneficiarios de su posible estampida post-revolucionaria. Aquella sala, con manchas de humedad, desconchados y hasta algunas grietas en las paredes, no tenía mejor aspecto que el exterior de la casa, pero conseguía conservar un aire de elegancia solemne y la capacidad vigorosa de recordar cuánta riqueza durmió alguna vez entre aquellas paredes ahora desguarnecidas. Los techos altos, rematados por cornisas peligrosamente abofadas y cenefas de colores ya desvaídos, debían de ser obra de maestros del oficio, como los dos ventanales que conservaban, asombrosamente intactos, los románticos vitrales con estampas caballerescas, sin duda diseñados en Europa aunque destinados a atenuar y colorear la luz rotunda del verano tropical. Los muebles, más eclécticos que de estilos conocidos, más gastados que vencidos, todavía sólidos, rezumaban incluso olfativamente su decrepitud, a pesar de que los

suelos, de losas de mármol blanco y negro, dispuestas como un exagerado tablero de ajedrez, brillaban con la alegría de la reciente limpieza. A un lado del salón dos altísimas puertas cubiertas de biselados espejos rectangulares, empotrados en marquetería de madera oscura, reflejaban en los rosetones del azogue perdido la inquietante desolación del sitio, y fue en ese instante cuando al Conde se le develó la incongruencia que había sentido al entrar en el salón: ni en las paredes, ni en las mesas, ni en las repisas o los techos había un solo adorno, un cuadro, un motivo visual capaz de romper el espantoso vacío. Supuso que las nobles porcelanas, las platas repujadas, las lámparas de lágrimas, los cristales labrados y quizás los lienzos con oscuros bodegones y recargadas naturalezas muertas que alguna vez debieron de dar armonía al ambiente, con toda seguridad habían sido desterrados de allí antes que los libros, procurando el mismo remedio alimenticio que, si la suerte lo acompañaba, debía ahora asumir la biblioteca anunciada como muy valiosa.

65

El momento prometido por la mujer se convirtió en una espera de varios minutos durante los cuales el Conde se dedicó a fumar un cigarrillo, lanzando la ceniza por la ventana, a través de la cual vio caer las primeras gotas del chaparrón vespertino. Cuando su anfitriona regresó, venía seguida por un hombre unos años mayor, definitivamente al borde de la ancianidad, tan magro como ella, urgido de un afeitado y, como su presunta hermana, de tres comidas al día con suficiente potencial calórico.

— Mi hermano —anunció ella.

— Dionisio Ferrero —dijo el hombre, con una voz más joven que su físico, y le extendió una mano de uñas sucias y piel encallecida.

— Mario Conde. Yo...

— Ya mi hermana me explicó —dijo el hombre, cortante, como acostumbrado a la rispidez del mando, y lo ratificó, ordenando más que pidiendo—. Venga conmigo.

Dionisio Ferrero caminó hacia las puertas de espejos biselados y entre las manchas oscuras el Conde comprobó cómo su propia estampa, cuadriculada en el reflejo, no desentonaba demasiado en medio de las esqueléticas imágenes de los hermanos Ferrero. El agotamiento facial de noches sucesivas de mucho ron y poco sueño, y su delgadez escuálida y conmovedora daban la impresión de que la ropa le hubiera crecido sobre el cuerpo. Con un vigor inesperado, Dionisio empujó las puertas y Conde se perdió de vista así mismo y a sus reflexiones fisiológicas mientras lo asaltaba un violento escozor en el pecho, porque ante sus ojos se erguían ahora unos soberbios anaqueles de madera, protegidos con puertas acristaladas, donde reposaban, trepando por las paredes hacia el techo altísimo, cientos, miles de libros de lomos oscuros, en los que aún lograban brillar las letras doradas de su identidad, vencedoras de la malvada humedad de la isla y de la fatiga del tiempo.

66 Paralizado ante aquel prodigio, consciente del ritmo torpe de su respiración, Conde pensó si tendría fuerzas y se atrevió a dar tres pasos cautelosos. Cuando traspuso el umbral descubrió, ya totalmente estupefacto, que la acumulación de estantes repletos de volúmenes se extendía hacia los lados de la habitación, cubriendo todo el perímetro del local, de unos cinco por siete metros. Y fue justo en ese momento cuando, ya debilitado por la emoción y el deslumbramiento más justificados, lo había sorprendido la llegada tumultuosa de los síntomas del presentimiento, una sensación distinta del asombro libresco y mercantil sufrido hasta ese instante, pero capaz de alarmarlo con la certeza de que algo extraordinario se escondía allí, clamando por su presencia.

—¿Qué le parece?

Paralizado por los efectos físicos de la premonición, Conde no escuchó la pregunta de Dionisio.

—Dígame, ¿qué le parece? —insistió el hombre, interponiéndose en el campo visual del Conde.

—Fabuloso —logró decir al fin, pues la conmoción apenas le permitía barruntar que sin duda estaba ante una veta extraordinaria, de esas que se buscan siempre y sólo se encuentran una vez en la vida. O ninguna. Su experiencia le gritaba que allí, seguramente, habría sorpresas inimaginables, pues si sólo el cinco por ciento de aquellos volúmenes llegaban a tener un valor especial, estaba ante veinte, treinta posibles tesoros bibliográficos, capaces por sí solos de matar —o al menos de aturdir por un buen tiempo— el hambre de los hermanos Ferrero y la suya propia.

Cuando recuperó la convicción de que podía moverse, el Conde se acercó al estante que lo desafiaba de frente y, sin pedir autorización, abrió las portezuelas de cristal. Miró unos lomos al azar, buscando entre los libros colocados a la altura de sus ojos, y descubrió el forro de piel rojiza de las Crónicas de la guerra de Cuba, de Miró Argenter, en la edición princeps de 1911 y, luego de secarse el sudor de las manos extrajo el volumen, para descubrirlo firmado y dedicado por escritor-guerrero «A mi entrañable amigo, mi querido general Serafín Montes de Oca». Junto a las Crónicas de Miró reposaban los dos tomos contundentes del perseguido Índice alfabético y de defunciones del ejército libertador de Cuba, del mayor general Carlos Roloff, en su rara y solitaria impresión habanera de 1901 y, con un temblor creciente en las manos, Conde se atrevió a sacar del sitio contiguo los tomos de los Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba, el clásico de Antonio Bachiller y Morales, publicado en La Habana entre 1859 y 1861. Con un dedo cada vez más lento Conde fue acariciando el lomo leve de la novela El cafetal, de Domingo Malpica de la Barca, impresa en la tipografía habanera de Los Niños Huérfanos en 1890, y las espaldas musculosas, de amable piel, de los cinco volúmenes de la Historia de la esclavitud de José Antonio Saco, en la edición de la imprenta Alfa de 1936, hasta que, como un poseso, pescó el libro siguiente, en cuyo lomo sólo estaban grabadas las iniciales

C.V., y cuando lo abrió sintió cómo las piernas le flaqueaban, pues sí, se trataba de la primera edición de *La joven de la flecha de oro*, la novela de Cirilo Villaverde, en aquella impresión inicial y mítica hecha en La Habana por la famosa tipografía de Oliva, en 1842...

Conde tuvo la nítida sensación de que aquel recinto era como un santuario perdido en el tiempo y por primera vez pensó si no estaría realizando un acto de profanación. Con delicadeza devolvió cada libro a su sitio y respiró el entrañable perfume que escapaba del estante abierto. Inhaló varias veces, hasta llenarse los pulmones, y sólo cuando se sintió embriagado cerró las puertas. Tratando de ocultar su desasosiego, se volvió hacia los hermanos Ferrero, en cuyos rostros encontró una llama de esperanza, empeñada en imponerse a los desastres más visibles de la vida.

68 —¿Por qué quieren vender estos libros? —preguntó al fin, en contra de sus principios y buscando ya un camino hacia la historia de aquella biblioteca demasiado singular: nadie se deshacía así, consciente y repentinamente, de un tesoro como aquél (del cual apenas había entrevisto unas alhajas prometedoras), a menos que, además del hambre, hubiera otra razón, y el Conde sintió que le urgía conocerla.

—Es una historia larga y... —dudó Dionisio Ferrero por primera vez desde que se encontrara con el Conde, pero de inmediato recuperó su aplomo casi marcial—. Todavía no sabemos si queremos venderlos. Eso depende de lo que usted nos ofrezca. En el negocio de las antigüedades hay mucho bandido, usted sabe... El otro día pasaron dos por aquí. Querían comprarnos las ventanas con los vitrales y los muy descarados nos ofrecían trescientos dólares por cada una... Se piensan que uno es imbécil o se está muriendo de hambre...

—Sí, claro, hay mucho oportunista. Pero lo que me gustaría saber es por qué se deciden a vender los libros ahora...

Dionisio miró a su hermana, como si no entendiera: ¿aquel tipo era tan estúpido como para preguntar semejante cosa?



El Conde comprendió de inmediato y sonrió, tratando de reorientar por tercera vez su curiosidad.

—¿Por qué no se decidieron a venderlos hasta ahora?

La mujer transparente, quizás movida por las exigencias de sus apetitos, fue quien se apresuró a responder.

—Por mamá. La mamá de nosotros —aclaró—. Hace muchos años ella se comprometió a cuidar estos libros...

El Conde sintió que penetraba en el clásico terreno pantanoso, pero no le quedaba otro recurso que seguir adelante.

—¿Y la mamá de ustedes...?

—No, no está muerta. Está muy viejita. Este año cumple noventa y uno. Y la pobre está...

Conde no se atrevió a insistir: la primera parte de la confesión estaba en tránsito y esperó en silencio. El resto debía caer por su propio peso.

—La vieja está ida..., bueno, está mal de los nervios hace mucho tiempo. Y, la verdad, nos hace falta un poco de dinero —soltó Dionisio y extendió la mano hacia los libros—. Usted sabe cómo están las cosas, con la jubilación no alcanza ni...

Conde asintió, sí, lo sabía, y tras la mano del hombre volvió la vista hacia los anaqueles repletos de libros y comprobó cómo el presentimiento de estar al borde de algo definitivamente extraordinario no lo abandonaba, seguía allí, imperturbable, punzándole debajo de la tetilla, humedeciéndole las manos, y se preguntó por qué aquella vehemencia. Si ya sabía que estaba rodeado de libros valiosos, ¿qué podía seguir alarmándolo con esa intensidad? ¿Sería por la posible existencia de un libro demasiado inesperado? ¿Estaría allí, olvidado y feliz, el libro imposible que cualquier bibliófilo sueña encontrar alguna vez? Eso debía de ser, tenía que ser, se dijo, y si ésa era la razón sólo tendría remedio cuando hubiese registrado de arriba abajo todas las estanterías.

—Disculpen mi curiosidad, pero es que... ¿Desde cuándo nadie toca esa biblioteca? —preguntó entonces.

—Desde hace cuarenta..., cuarenta y tres años —precisó la mujer y el Conde movió la cabeza, impulsado por la incredulidad.

—¿En todo ese tiempo no entró ni salió un libro de ahí?

—Ni uno —intervino Dionisio, seguro de valorizar con su afirmación el contenido de la biblioteca—. Mamá pidió que la ventiláramos una vez al mes y la limpiáramos sólo con un plumero, así, por arriba...

—Miren, voy a serles franco —prefirió advertir Mario Conde, consciente de que iba a traicionar las reglas más sagradas de su profesión—: tengo el presentimiento, es un decir, tengo la seguridad de que aquí puede haber libros que valen mucho dinero, y otros quizás tan valiosos que no se pueden o no se deben vender. Me explico: pudiera haber libros sobre todo libros cubanos, que no deberían salir de Cuba y casi nadie en Cuba les puede pagar lo que realmente valen. Menos que nadie la Biblioteca Nacional. Y esto que voy a decirles va en contra de mi negocio, pero yo pienso que sería un crimen vendérselos a un extranjero para que luego los saque del país... y digo crimen porque, además de imperdonable, sería un delito, aunque ahora eso es lo que menos importa. Si nos ponemos de acuerdo, podemos hacer negocios con los libros más valiosos, yo me quito del camino y ya...

Dionisio miró al Conde con una intensidad inesperada.

—¿Me dijo que su nombre es...?

—Mario Conde.

—Mario Conde —masticó el nombre lentamente, como si de sus letras obtuviera la dosis de dignidad que su sangre le exigía en ese instante—. Aquí donde usted nos ve, mi hermana y yo nos hemos jodido mucho por este país, mucho. Yo me jugué la vida incluso, aquí y hasta en el África. Y aunque me esté muriendo de hambre no voy a hacer algo así... Por mil ni por diez mil pesos —y se volvió hacia su hermana, como buscando el último refugio para su orgullo—. ¿Verdad, Amalia?

—Claro, Dionisio —aseguró ella.

—Veo que nos entendemos —admitió el Conde, conmovido por la ingenuidad del épico Dionisio, que pensaba en pesos mientras él calculaba cifras similares, pero en dólares—. Vamos a hacer lo siguiente. Yo voy a escoger, así por arriba, veinte o treinta libros que se puedan vender bien, aunque no sean especialmente valiosos. Los voy a separar y mañana vengo con el dinero a buscarlos. Después quiero revisar toda la biblioteca, para decirles qué me interesaría llevarme, qué libros no le interesan a ningún comprador, y también qué libros no se pueden vender, o mejor dicho, no se deberían vender, ¿de acuerdo? Pero antes me gustaría escuchar la historia completa, digo, si no les molesta... Perdonen que insista, pero una biblioteca donde hay libros como los que saqué ahorita y que lleva cuarenta y tres años sin que nadie la toque...

Dionisio Ferrero miró a su hermana y la mujer sin color le sostuvo la mirada, sin dejar de morderse la piel de los dedos. Después volteó la cabeza hacia el Conde:

—¿Cuál historia? ¿La de la biblioteca o la de por qué vamos a venderla ahora?

—¿No es la misma historia, con un principio y un final?

El escritor peruano **Mario Vargas Llosa** en la novela "El Paraíso en la otra esquina" (Alfaguara 2003, p. 198-201) narra los avatares en la vida de dos personajes históricos vinculados entre sí por lazos de consanguinidad, pero separados en el tiempo, la franco peruana Flora Tristán y su nieto Paúl Gauguin; en este fragmento hace alusión a un poema de Edgar Allan Poe que Gauguin busca en dos bibliotecas de Tahití, tras la muerte de su hija.

## El paraíso en la otra esquina

Enterraron a la niña en el cementerio de Punaauia, sin servicio religioso. Pau'ra no lloró, ni ese día ni los siguientes, y, poco a poco, retomó su rutina, sin mencionar para nada a su hijita fallecida. Paul tampoco hablaba de ella, pero pensaba día y noche en lo ocurrido. Este pensamiento llegó a torturarle el espíritu como, meses atrás, el Retrato de Aline Gauguin, cuyo paradero nunca averiguó.

Pensabas en la niña muerta y en el siniestro pajarraco – era un cuervo, estabas seguro, por más que nativos y colonos aseguraran que no había cuervos en Tahití–.

72 Aquella silueta alada removía viejas imágenes de tu memoria, de un tiempo que, aunque no tan lejano, sentías ahora remotísimo. Trató de procurarse alguna publicación, en la modesta biblioteca del club Militar de Papeete, y en la biblioteca particular del colono Auguste Goupil –la única digna de ese nombre en toda la isla–, donde apareciera la traducción al francés del poema El cuervo, de Edgar Allan Poe. Lo habías escuchado leer en alta voz al traductor, tu amigo, el poeta Stéphane Mallarmé, en su casa de la rue de Rome, en esas tertulias de los martes a las que, en una época, solías concurrir. Recordabas con claridad las explicaciones del elegante y fino Stéphane sobre el período atroz de la vida de Poe, deshecho por el alcohol, la droga, el hambre y las penalidades familiares allá en Filadelfia, en que había escrito la primera versión de aquel texto. Ese tremendo poema, traducido de modo tan tétrico y a la vez tan armonioso, tan sensual y tan macabro, te llegó al tuétano, Paul. La impresión de esa lectura te incitó a hacer un retrato de Mallarmé, como homenaje a quien había sido capaz de verter de manera tan

astuta, en francés, aquella obra maestra. Pero a Stéphane no le gustó. Acaso tenía razón, acaso no llegaste a atrapar su elusiva cara de poeta.

Recordó que, en la cena del Café Voltaire del 23 de marzo de 1891 que le dieron sus amigos para despedirlo, en vísperas de su primer viaje a Tahití, y que había presidido, justamente, Stéphane Mallarmé, éste leyó dos traducciones de El cuervo, la suya y la del tremebundo poeta Charles Baudelaire, que se jactaba de haber hablado con el diablo. Luego, en agradecimiento por el retrato, Stéphane regaló a Paul un ejemplar dedicado de la pequeña edición privada de su traducción, aparecida en 1875.

¿Dónde estaba ese librito? Revisó el baúl de los cachivaches, pero no lo encontró. ¿Quién de tus amigos se había quedado con él? ¿En cuál de tus innumerables mudanzas se extravió ese poema que ahora tenías urgencia –como de alcohol, como de láudano cuando te atacaban los dolores – de volver a leer? La desazonadora memoria de lo que significó buscar el retrato de tu madre te impidió rogar a tus amigos que trataran de encontrar aquella traducción del poema de Poe.

No recordaba los versos, sólo el ritornelo con que terminaban las estrofas –«Nevermore», «Nunca más»–, y también el desarrollo y la anécdota. Un poema escrito para ti, Koke, el tahitiano, en este momento de tu vida. Te sentías –eras– el estudiante aquel al que, en esa medianoche borrascosa, cuando está sumido en sus cavilaciones y lecturas, con el corazón destrozado por la muerte de su amada Leonor, viene a interrumpir un cuervo. Irrumpe por la ventana de su estancia, traído por la tempestad o enviado por las tinieblas, y se posa sobre el busto de blanco mármol de Palas, que custodia la puerta. Recordabas con lucidez febril la melancolía y los matices macabros del poema, sus alusiones a la muerte, al horror, a la desdicha, al infierno (las playas de Plutón), a la tiniebla, a la incertidumbre del más allá. A todas las preguntas del estudiante

sobre su amada, sobre el futuro, el pajarraco respondía con el siniestro graznido («¡Nunca más!», «Nevermore») hasta crear una angustiosa conciencia de eternidad, de tiempo inmóvil. Y los versos finales, cuando la historia abandona, condenados a seguir frente a frente, hasta el fin de los tiempos, al estudiante y su negra visita.

**Julio Torri** (Saltillo, Coahuila 1889-México, 1970) maestro del poema en prosa, del minicuento o microrrelato como hoy se dice, nos deleita con este texto que lleva como título uno de sus libros: *Diálogo de libros*, p. 30-34. México D. F. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1980.

## Diálogo de libros

A don Alfonso Reyes

ME APRESURO a decir que el diálogo que transcribo no lo he soñado, ni es pura invención de mi entendimiento, ni lo oí con el ánimo trabajado de las vanidades del vino. Aunque generalmente se cree que en la vida diaria y común no suelen acontecer sucesos extraños y no imaginados, por lo que quien gana tiene de conferir de asuntos extravagantes acude, siempre al acostumbrado recurso del sueño o del vino, creo que no debe usarse ya de traza tan conocida, porque a la postre han de caer las gentes en la cuenta, y día llegará en que, por temor a oír mas devaneos y patrañas, no se deje dormir en sosiego a los pobres escritores, ni beber pacíficamente de su vino.

75

Alguna vez pensé lo que dirían entre sí los libros, que formando parte de una misma obra y tras larga separación, se vuelven a encontrar al acaso. Por algunos días traje este pensamiento en la cabeza, y acabé por creer que era natural y verosímil que los libros conversasen entre sí, y aun me hubiera matado con quién lo contrario dijese. En esta disposición de ánimo no debe parecer raro que se escuchen diálogos de libros; y si aun lo fuere para alguno, le diré que en compensación y desquite de las estrecheces y pobrezas que según el vulgo trae aparejadas el ejercicio de las letras, bien podemos, y lícitamente oír hablar toda suerte de cosas.

Digo, pues que andaba yo buscando ocasión de oír departir a los libros, y que me parecía que tenían una como timidez de hablar delante de hombres.

Y a vuelta de días la librería de un amigo mío di con un tomo séptimo de Parnaso Español de López de Sedano, edición de Antonio de don Sancha, del que poseía yo el libro primero.

Entendí luego que la ocasión apetecida se me ponía delante, y como mi amigo no lo era tanto que lo fuese de vender o regalar algún volumen de su biblioteca, húrtele el que apetecía, porque en achaque de hurtos de este jaez, mis ideas son de una sabrosa holgura. Vuelto a mi casa, puse el tomo séptimo al lado del primero; maté la luz del aposento, porque lo sobrenatural gusta de la oscuridad, y de allí a poco oí lo que sigue:

Tomo primero.- Hermano mío: por grande aventura tengo la que hoy escribo de vuestra vista. Nunca he envidiado más a los hombres sus brazos que en esta ocasión, en que quisiera tenerlos para abrazarlos apretada y largamente.

Tomo séptimo.- Os agradezco las muestras que hacéis de vuestro amor fraternal. Con sobrada razón decíamos de vos, mis hermanos y yo, cuando vivíamos en la librería de aquel licenciado nuestro primer dueño, que de nosotros erais el primero, no tanto por la edad, cuanto por la cortesía y buena crianza, en que sois extremado.

76

Tomo primero.- Más lo soy en pesares, de los cuales no es el menor pasarme los años de mi vida entre librejos de baja ralea, que tienen más de la bellaca condición del impresor que les hizo, que de la señorial del autor que les compuso. Y digo esto, buen hermano mío, para que no os espante saber que la cortesanía de que habláis la he ido perdiendo poco a poco en la compañía y trato de aquellos con quienes he vivido.

Tomo séptimo.- Yo también estoy tocado de esa dolencia que decís, de sentirme nacido para vivir entre principales y no entre menudos y gente ruin. Y aquí me viene a la memoria la compañía que tuve por muchos años de un diccionario enciclopédico, rudo y mal intencionado como quien tiene oficio de desasnar ignorantes, que parecía haber nacido para solo ennegrecer mi espíritu y enturbiarme el humor que siempre tuve alegre y regocijado. Voy a deciros de qué manera sucedía esto: a la sazón era mi dueño un mal sujeto, ignorante en todas cosas, divinas y humanas; y lo era a tal punto,



que de tres palabras que en mi leía, de las dos desconocía el sentido y el de la tercera lo sabía sólo a medias; y de aquí que a cada línea tuviera que acudir al diccionario, al cual se le había subido a la cabeza ciertos humillos de envanecimientos de verse manejado tan a la continua, y como, además, era de doble tamaño del que tengo, solía echarme miradas compasivas por encima de su canto, desteñido como ropilla lavada. Su desvergüenza era tanta, que una vez que a la biblioteca llegó un libro, cuyo asunto y nombre extravagantes estaban diciendo las pocas letras y gordas de nuestro común dueño que no encaminaba a fin conocido sus lecturas, dijo con tono zumbón al forastero: “El señor (y a mí se refería) no nació para criar orín: abandonó a sus hermanos y echóse a vivir la picaresca. A la postre ha venido a parar a mi lado; donde no, ¡qué sudara el hopo! Porque está escrito en culto y sin mi ayuda no lo entendiera otro que Dios.” En fin, para abreviar, os diré que aquel suplicio me duró diez años, que fueron los que tardó en morirse aquel mi dueño, a quien Dios confunda y el diablo tenga en su mano.

Tomo primero.- No diré que he sufrido yo más o menos que vos. Déjese para hombres disputar sobre penas y creer que las ha tenido uno mayores que los demás. Pero sabed, hermano mío, que callada y noblemente he llevado sin perturbación del ánimo los trabajos y adversidades anejos a nuestra condición, tales como sentir que la polilla roe el papel de nuestras hojas y tener falta de uñas con que rascarnos, mirar acercarse a nosotros y tocarnos manos mugrientas y pringosas, y carecer de piernas para ponernos en salvo. Estos son infortunios de que usara, a saberlos, algún autor para simbolizar pesadumbres humanas, inevitables y necesarias. Nada diré tampoco de las particulares molestias que me han afligido como la estampación que llevo de una ridícula dedicatoria, que por ser yo primer volumen, en mí escribió un paleta cuando hizo donación de nosotros a un sobrino que tenía. Harto duro padecimiento tengo ya con las penas comunes a libros para poner la consideración en las

mías propias.

Tomo séptimo.- tengo entre aquéllas, por una de las mayores, la de tratar con libreros de viejo, porque a vos, hermano, patentes deben ser su malicia y la baja calidad de sus partes.

Tomo primero.- no me habléis de tales sujetos: no puedo verles ni en pintura. A tal punto llevan su maldad, que a uno de ellos he oído decir que se dejaría desorejar y arrancar de añadidura la lengua por el cocodrilo a trueque de un solo instante de placer de que pudiera privar al que una vez le hurtara un libraco desencuadernado y ruin. De otro se cuenta la historia siguiente: un estudiante compró al fiado ciertos libros latinos, y sin volverle a ver ni a los dineros debidos, murió el mercader a manos de unos mediquillos de haldas largas y poca ciencia. Apenas se vio exento el librero de la corporal envoltura y con libertad para hacer, como espíritu que era, aquello que le viniera en gana, se metió, duende travieso, o kobold y fuese a vivir a casa del estudiante por mejor atormentarle y más a su sabor. Si el escolar se ponía a dormir, al punto he recordado de unas ciertas cosquillas que su enemigo le hacía, o porque este tiraba las ropas del lecho. Si entraba a un cuarto obscuro, sentía, de improviso, un hálito frío en el rostro y oía una risa estrepitosa y desordenada que le hacía caer el ánimo. El alma de recoso librero frecuentemente se mostraba al estudiante bajo la figura de un feo enano, barbado, de gorro puntiagudo, vestido de rojo y puestos unos borceguíes de tela de Levante encarnada, que tenía la punta aguda y vuelta hacia arriba. Se burlaba entonces de aquel a quién vendiera al fiado, y con modales cortesanos, la cabeza descubierta y la voz atiplada que dañaba el oído, le pedía por su vida que le restituyese los dineros de marras. En fin, al cabo de algunos meses, el estudiante perdió el juicio y dio al extraño tema de tener a cuantos veía por acreedores suyos, por lo cual la vida se le hizo insufrible y, al fin, murió comido de rencor libreril, que es un mal extraño de que no saben dos onzas los médicos.

Tomo séptimo.- Y en cuya existencia de fijo tampoco creerían,

porque el mundo es tan vasto, que los hombres nunca acabarán de conocerlo. Mucho habrán adelantado cuando adquieran el sentido de lo múltiple y variado de los acaecimientos, sentido que estriba en tener, por natural y posible, lo que generalmente se mira como extraordinario e inverosímil.

Tomo primero.-Más tornando a los mercaderes de libros, creo que grande parte de la mala voluntad que les tenemos, es común a todos aquellos que nos poseen y no nos usan. Si alguna mujer oyese lo que ahora digo, de seguro que pasaría en la aversión con que las tales ven a los maridos, cuando estos por achaques de la mucha edad, viven apartados del amoroso trato y exentos, al decir de Sófocles, de la tiranía de dios cruel antojadizo.

Tomó séptimo.- Me pelaría las barbas, a tenerlas, con aquel que dijese que no es lícito hurtar libros a quién no los emplea sino en adornar su casa y en adquirir, con la grande copia de ellos, autoridad y plaza de docto a ojos de simples y mentecatos. Día vendrá en que a los hombres lleguen barruntos de que a la mesa de los bienaventurados se sienta un santo abogado de corsarios de biblioteca, llamado San Frestón, y que fue aquel encantador que hurtó el cuarto de libros a don Quijote. Este santo, que tiene la singular prerrogativa de no estar puestas sus andanzas y fortunas en Flos Sanctorum conocida, y por ende de ser ignoradas de frailes y beatas, merece toda la devoción y culto de los hombres, porque su vida es curiosa sobre todo encarecimiento y porque Dios le mira como a uno de sus cortesanos de más entretenida compañía. Y este valimiento que del señor goza proviene de que, por ser santo desconocido de los hombres, vive desembarazado de devotos y nunca anda enfadando a Su Divina Majestad con pedirle esta merced para tal pecador y aquella para tal otro. Además, tiene gracia notable para referir sus aventuras de encantador, y por las calles del cielo dícese que anda acompañado de copioso número de mártires, vírgenes, serafines, angelitos de alas rosadas y santos padres de barbas crecidas, todos

los cuales le oyen hablar de su vida y sucesos con un contentamiento y un alborozo verdaderamente celestiales. Cuéntase de una santa que, en la presencia de Dios, dijo con deliciosa ingenuidad que gustosamente trocara su parte de paraíso por los goces terrenales a ser éstos como les pintaba San Frestón en sus pláticas. El señor la miró dulcemente; una leve sonrisa asomó a su noble rostro, lleno de una serena majestad, y haciéndola sentar junto a sí, la besó paternalmente en la frente.

Tomo primero.- Con todo lo que en alabanza del santo decís, perécheme que no tuvo muy católicas mocedades.

Tomo séptimo.- Así es en verdad, porque grande cuenta se hizo de él en la antigüedad clásica: Atenea le quería tener siempre junto a sí; Apolo buscaba solícito su trato, y el omnipotente Zeus, que fulmina el rayo, le amaba tiernamente como a hijo dilecto. Nació de Maia; pasó su infancia con las ninfas, entre juegos, danzas y risas; a la tienda del Pelida Aquiles guío al rey Priamo, y del padre de los dioses fue alado mensajero.

80

Tomo primero.- De modo que Hermes, conductor de almas, y el cristiano San Frestón son uno mismo.

Tomo séptimo.- Cierto es hermano mío. Más callad, que ahora levanta la voz nuestro dueño.

Y así era verdad, porque obrando en mí sus efectos la consideración de la bondad y virtudes de santo, puesto de hinojos, oré de esta manera: ¡Glorioso San Frestón! Acórreme en mis trabajos y aparta de mí los pesares, los malos amigos, los sucesos contrarios, las molestias de la vida ordinaria y común. ¡Mira por nuestras poquedades! ¡Que bajo tus ojos serenos vivamos con sosiego y alegría! Ámame, mi señor: ámanos a mí y a los míos, y también a esta mi simple criada que ahora entra en el aposento a hacer mi cama y a traerme una taza de leche caliente y sabrosa.

México, 19 de julio de 1910.

En este texto *Ensayos sobre las palabras y el mundo* (1948), p. 23-33. Bogotá. Grupo Editorial Norma el erudito **Alberto Manguel** rinde un homenaje a *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo* para hablar de los libros, lecturas, y de la biblioteca de su memoria que sigue moviendo volúmenes, tachando pasajes, añadiendo notas en los márgenes.

## En el bosque del espejo

### Un lector en el bosque del espejo

—¿Quisieras decirme, por favor, qué camino  
debo tomar para salir de aquí?

—Eso depende mucho de adónde quieras llegar

—dijo el Gato.

Alicia en el país de las maravillas,

### CAPÍTULO VI

¡Ah, la innata casuística del hombre!

¡Cambiar las cosas cambiándoles el nombre!

Karl Marx, citado por Friedrich Engels en

Los orígenes de la familia

Quando yo tenía ocho o nueve años, en una casa que ya no existe, alguien me regaló un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*. Como tantos otros lectores, siempre he sentido que la edición en que leí un libro por primera vez es para siempre la edición primordial. La mía, doy gracias a las estrellas, llevaba ilustraciones de John Tenniel y estaba impresa en un grueso papel color crema que olía misteriosamente a madera quemada.

Hubo muchas cosas que no entendí en mi primera lectura de Alicia; pero al parecer no importó. A una edad muy temprana aprendí que, salvo si uno está leyendo con otro fin que el placer (como a todos nos toca de vez en cuando como castigo por nuestros pecados), puede pasar sin riesgo por encima de peligrosos cenagales, abrirse camino por entre selvas enmarañadas, saltar las planicies solemnes y aburridas y simplemente dejarse arrastrar por la vigorosa corriente del relato. Alicia, que no entendía la utilidad de un libro “sin dibujos ni conversaciones”, sin duda me daría la razón.

82 Hasta dónde puedo recordar, la primera impresión que tuve de esas aventuras fue de un viaje físico en el cual yo mismo acompañaba a la pobre Alicia. Caer por el agujero del conejo o trasponer el espejo eran meros puntos de partida tan triviales y maravillosos como subir a un tranvía. ¡Pero qué viaje! A los ocho o nueve años mi incredulidad, más que suspenderse, estaba aún por nacer, y a veces la ficción me parecía más real que los hechos cotidianos. No es que pensara que un lugar como el país de las maravillas existía de verdad, pero lo consideraba de la misma materia que mi casa, mi calle y los ladrillos rojos de que estaba hecha mi escuela.

Los libros se vuelven diferentes cada vez que los leemos. La primera Alicia de la infancia fue un viaje, como la Odisea o Pinocho, pero siempre he tenido la sensación de que era mejor Alicia que Ulises o el muñeco de madera. Luego vino la Alicia de la adolescencia, y yo sabía exactamente con que tendría que vérselas la pobre chica cuando la Liebre de Marzo le ofreciera vino sin que hubiera vino en la mesa, o cuando la Oruga le pidiera que dijese exactamente quién era y qué entendía por eso. La advertencia de Tarará y Tararí acerca de que Alicia no era sino un sueño del Rey Rojo, hostigaba mi sueño, y en las horas de vigilia me torturaban exámenes en los cuales la Reina Roja me hacía preguntas del tipo “¿cómo se dice anda ya en francés?” Después, ya con más de veinte años, encontré el juicio de la jota de corazones recogido en la Antología

del humor negro de André Breton, y se me hizo evidente que Alicia era hermana de los surrealistas; tras una conversación con Severo Sarduy en París, me asombró descubrir que Humpty Dumpty le debía mucho a las doctrinas estructuralistas de Change y Tel Quel. Y más tarde, cuando me establecí en Canadá, ¿Cómo habría podido no reconocer que el Rey Blanco (“pero yo pensaba en un plan/ para teñir mis patillas de verde/ y usar un gran abanico/ de modo tal que no pudieran verse”) había encontrado empleo como uno de los numerosos burócratas que corretean por los pasillos de las oficinas públicas de mi país?

Durante todos estos años, la relectura de los libros de Alicia me ha provocado interpretaciones diferentes e interesantes de ellos, pero no podría decir que alguna se haya vuelto mía en un sentido profundo. Desde luego que las lecturas ajenas influyen en mi lectura personal, ofrecen nuevos puntos de vista o colorean ciertos pasajes, pero en su mayoría son como los comentarios del Mosquito, que incesante y fastidioso susurra al oído de Alicia: “Con eso podrías hacer un chiste”. Me niego; soy un lector celoso y no concederé a otros un jus primae noctis con los libros que leo. La íntima sensación de parentesco que hace muchos años despertó en mí la primera Alicia no se ha debilitado; cada vez que vuelvo a ella, los vínculos se fortalecen de manera muy íntima e inesperada. Sé partes enteras de memoria. Mis hijos (mi hija mayor se llama Alicia, claro) me piden que me calle cuando entono los dolientes sonos de “La Morsa y el Carpintero”. Y prácticamente para cada experiencia nueva encuentro en sus páginas un eco premonitorio o nostálgico que una vez más me dice: “Esto es lo que te espera” o “Aquí ya has estado antes”.

Hay entre tantas una aventura que, más que describirme una experiencia particular que haya tenido o quizá tenga algún día, parece señalar algo más vago y más vasto, una experiencia o (si el término no es demasiado pomposo) una filosofía de vida. Ocurre

al final del capítulo tres de A través del espejo. Después de haber atravesado su propio reflejo y avanzado por el país de ajedrez que se extiende detrás, Alicia llega a un bosque sombrío donde (le han dicho) las cosas no tienen nombre. “Bueno”, se dice valerosamente, “como sea, es muy reconfortante, después de haber pasado tanto calor, ponerse bajo el... bajo el bajo el ¿qué?” Atónita ante su incapacidad para pensar la palabra, Alicia trata de recordar. “Quiero decir ponerse bajo... ¡bajo esto, ya sabes!” dice apoyando la mano en el tronco de un árbol. “Me pregunto cómo se llama. De veras, creo que no tiene nombre... Caramba, seguro que no lo tiene.” Intentando acordarse de la palabra que se usa para el lugar en donde está, habituada a poner su experiencia de lo real en palabras, de pronto Alicia descubre que en verdad nada tiene nombre: que mientras ella misma no pueda nombrarla, cada cosa permanecerá innominada, presente pero silenciosa, intangible como un fantasma. ¿Debe entonces recordar esos nombres olvidados? ¿O debe inventar otros nuevos? Su dilema tiene raíces muy antiguas.

Luego de crear a Adán “del polvo de la tierra” y colocarlo en un jardín al este del paraíso (como nos cuenta el segundo capítulo del Libro de Génesis), Dios se dispuso a crear a las criaturas del campo y a las aves del aire, y después de crearlas las trajo ante Adán para ver qué nombre les daría éste, y el nombre que Adán les dio “fue su nombre de allí en adelante”. Durante siglos, académicos han debatido este curioso intercambio. ¿Se hallaba Adán en un lugar (como el bosque del espejo) en el que las cosas carecían de nombre, y en consecuencia debía inventar nombres para las cosas y las criaturas que veía? ¿O las bestias y las aves creadas por Dios ya tenían nombres, nombres que Adán debía conocer y los cuales debía pronunciar como un niño viendo por primera vez un perro o la luna?

¿Y qué entendemos por “nombre”? La pregunta, o una forma de esta pregunta, se formula en A través del espejo. Pocos capítulos



después de cruzar el bosque sin nombres, Alicia se topa con la doliente figura del Caballero Blanco, que al autoritario modo de los adultos le dice que le va a cantar una canción para “consolarla”. “El nombre de la canción”, dice el caballero, “se llama Ojos de abadejo”.

—Ah, ése es el nombre de la canción, ¿cierto? —dijo Alicia procurando sentir interés.

—No, no entiendes —dijo el caballero con cierto aire de irritación—. Así es como el nombre de la canción se llama.

En realidad el nombre es “El señor muy muy viejo”.

—¿Entonces tendría que haber preguntado “Así se llama la canción?” —se corrigió Alicia.

—No: ¡eso es una cosa muy diferente! La canción se llama Vías y medios. ¡Pero así es sólo como se llama, entérate!

—Vaya, ¿entonces cuál es la canción? —dijo Alicia, que a esas alturas estaba completamente perpleja.

—A eso iba —dijo el Caballero—. En realidad la canción es Sentado en un umbral, y la melodía es de mi propia invención.

Resulta ser que la melodía (como señala Alicia) no es de la propia invención del Caballero, y tampoco lo son las cuidadosas distinciones entre cómo se llama un nombre, el nombre mismo, cómo se llama la cosa que éste nombra y la cosa misma; estas distinciones son tan antiguas como los primeros comentaristas del Génesis. El mundo en el que Adán fue introducido era inocente respecto a éste; también era inocente de las palabras de Adán. Todo lo que Adán veía, todo lo que sentía, como todo lo que imaginaba o temía, debía hacerse presente (lo mismo, en definitiva, que a todos nosotros) mediante capas de nombres, nombres con los que el lenguaje intenta vestir la desnudez de la experiencia. No es por azar, entonces, que una vez que perdieron la inocencia, Adán y Eva se vieran obligados a llevar pieles “para que”, dice el comentarista talmúdico, “pudieran saber quiénes eran a través de la forma que los envolvía”. Las palabras, nombres de las cosas, dan forma a la experiencia.

La tarea de nombrar pertenece a cada lector. Otros, que no leen, deben dar nombres a sus experiencias lo mejor que pueden, construyendo fuentes verbales, por decirlo así, mediante la imaginación de sus propios libros. En nuestras sociedades “librocéntricas”, la capacidad de leer señala el ingreso en las costumbres de la tribu, con sus códigos y exigencias particulares, y nos permite compartir la fuente común de las palabras registradas; pero sería erróneo considerar la lectura como una actividad meramente receptiva. Al contrario: Mallarmé propuso que la tarea de cada lector era “purificar el sentido de las palabras de la tribu”. Con este fin los lectores deben hacer suyos los libros. En librerías infinitas, como ladrones en la noche, los lectores hurtan nombres, vastas creaciones maravillosas tan sencillas como Adán y tan descabelladas como Rumpelstiltskin. Los escritores nos dirán, como Proust, que los volúmenes de la biblioteca de Bergotte cuidan toda la noche a los artistas muertos, de dos en dos, como ángeles guardianes; pero es el lector de Proust quien, solo por la noche, en la habitación oscura, ve las alas que delatan la presencia de esos ángeles esbozados en las haces de las luces pasajeras. John Bunyan describe a Christian huyendo de la casa y tapándose las orejas para no oír los ruegos de su mujer y de sus hijos; Homero nos muestra a Ulises, atado al mástil, intentando en vano desoír el llamado de las sirenas; el lector de Bunyan y de Homero nombra con esas palabras la sordera de nuestro contemporáneo, el amable Prufrock de Eliot. María Elena Walsh habla de París con “gabán de pizarra” y “peluca de nieve”, y es el lector quien viste en su imaginación la ciudad invernal con un significado recién adquirido.

Como saben todos los niños, el mundo de la experiencia (como el bosque de Alicia) es innominado, y vagamos por él en un estado de perplejidad, la cabeza llena de balbuceos de intuición y conocimiento. Los libros que leemos nos ayudan a nombrar una piedra o un árbol, un momento de dicha o desesperación, el aliento de

un ser amado o el silbo de tetera de un pájaro, arrojando un destello sobre un objeto, una emoción, un reconocimiento, y diciéndonos que recuerde el alma dormida, que somos polvo enamorado. A veces tales iluminaciones ayudan; el orden que adopten la experiencia y el acto de nombrar no importa mucho. Puede que la experiencia ocurra primero y que muchos años después el lector encuentre el nombre para describirla en las páginas de *El rey Lear*.

Puede que ocurra al final, y que un parpadeo de la memoria nos devuelva una página de un maltrecho ejemplar de *La isla del tesoro* que creíamos olvidada. Hay nombres inventados por escritores que el lector se niega a usar, porque le parecen desatinados, o manidos, o hasta demasiado enormes para la comprensión corriente, y que por lo tanto se desechan o se olvidan, o se guardan para una epifanía suprema que (el lector espera) algún día vaya a requerirlos. Pero a veces estos nombres ayudan al lector a nombrar lo innombrable. “Quieres que él sepa lo que no puede decirse y que dé la respuesta perfecta en la misma lengua”, dice Tom Stoppard en *La invención del amor*. A veces el lector encuentra en una página esa respuesta perfecta.

El peligro, como bien sabían Alicia y su Caballero Blanco, es que, a veces, confundimos un nombre con nuestra forma de llamarlo, y una cosa con nuestra manera de llamarla. Los graciosos fantasmas de la página, con los cuales etiquetamos el mundo, no son el mundo. Quizá no haya nombres para describir la tortura de otro ser humano, el nacimiento de un hijo. Después de crear los ángeles de Proust o las golondrinas de Bécquer, el escritor puede decirle al lector “en tus manos encomiendo mi espíritu” y abandonar allí. ¿Pero cómo deberán guiar esos espíritus encomendados al lector para que éste encuentre su camino en la inefable realidad del bosque?

La lectura sistemática no sirve de mucho. El procedimiento de seguir una lista oficial (de clásicos, de historia de la literatura, de lecturas censuradas o aconsejadas, de catálogos de bibliotecas)

puede proporcionar algún nombre útil, por casualidad, siempre y cuando tengamos en mente los motivos que impulsaron a la confección de la lista. La mejor guía, me parece, son los antojos del lector –confianza en el placer y fe en el azar–, que a veces nos conducen a un provisorio estado de gracia y nos permiten, como en los cuentos de hadas, transformar el lino en oro.

Transformar el lino en oro: en el verano de 1935 el poeta Osip Mandelstam obtuvo de Stalin, supuestamente como un favor, un documento de identidad válido por tres meses, acompañado de un permiso de residencia. Según su esposa, Nadiezda Mandelstam, aquel papelito les volvió la vida mucho más fácil. Sucedió que un amigo de ellos, el actor y ensayista Vladimir Yájontov, fue por azar a la ciudad donde ellos vivían. En Moscú, Yájontov y Mandelstam se habían divertido leyendo en voz alta cartillas de racionamiento, en un esfuerzo por nombrar el paraíso perdido. Ahora se pusieron a hacer lo mismo con los documentos de identidad. Nadiezda describe la escena en *Contra toda esperanza*:

88

Hay que decir que el efecto era aún más deprimente. Con la cartilla de racionamiento leían los cupones como solistas o a coro: “Leche, leche, lech... queso, carne...” Al leer el documento de identidad, Yájontov se las ingeniaba para dar a su voz matices lúgubres y amenazadores: “Emitido bajo las condiciones siguientes... Lugar de emisión... Fecha de emisión... Observaciones especiales... Se lo autoriza a residir... Se lo autoriza a residir... Se lo autoriza a residir...”.

Como descubre Alicia en el mundo de nombradores locos del otro lado del espejo, todas las lecturas verdaderas son subversivas, van a contrapelo. Un Primer Ministro canadiense levanta las vías férreas y dice que eso es “progreso”; un hombre de negocios suizo trafica con bienes robados y lo llama “comercio”; un presidente argentino cobija asesinos y lo llama “amnistía”. Contra tales desatinos un lector puede abrir sus libros. En casos como éstos, la lectura nos

ayuda a mantener la coherencia en el caos. Y no para eliminarlo; no para encerrar la experiencia en estructuras verbales, sino para dejarla avanzar a su propia y vertiginosa manera; no para confiar en la reluciente superficie de las palabras, sino para hurgar en la oscuridad.

Parece que a la pobre mitología de nuestro tiempo le diera miedo ir más allá de la superficie. Desconfiamos de la profundidad, nos divierte la reflexión dilatoria. En nuestras pantallas grandes o pequeñas destellan imágenes del horror, pero no queremos que ningún comentario disminuya su velocidad: queremos mirar cómo le arrancan los ojos a Gloucester pero no estamos sentados viendo todo el resto de Lear. Una noche, hace algún tiempo, yo estaba mirando la televisión en una habitación de hotel. Hacía zapping.

Tal vez por casualidad, en cada imagen que la pantalla mostraba por unos segundos se veía asesinar o golpear a alguien, un rostro crispado por la angustia, el estallido de un coche o un edificio.

De pronto noté que una de las imágenes que había hecho pasar no pertenecía a una serie sino a un informe periodístico sobre Bosnia. Entre otras imágenes que por acumulación diluían el horror de la violencia, yo había mirado impávido la muerte de una persona real por una bala verdadera.

George Steiner ha sugerido que el holocausto tradujo los horrores de los infiernos imaginados a una realidad de carne y huesos chamuscados; puede que esta traducción marcara el comienzo de nuestra incapacidad para imaginar el dolor de otra persona. En la Edad Media, por ejemplo, los horribles tormentos de los mártires, representados en un sinnúmero de pinturas, nunca eran vistos como simples imágenes del horror: la teología que los cultivaba y definía (por dogmática y catequística que fuera) también los iluminaba, y el propósito de la representación era contribuir a que el observador reflexionara sobre el continuado sufrimiento del mundo. No necesariamente todos los observadores veían más allá

de la mera morbosidad de la escena, pero la posibilidad de una reflexión más profunda siempre estaba presente. A fin de cuentas, un texto sólo puede ofrecer la alternativa de leer con mayor alcance o profundidad; al lector o al observador les cabe rechazarla dado que, en sí mismos, imagen y texto no son sino huellas en un papel, manchas en una madera o una tela.

Las imágenes que yo observé aquella noche eran, creo, pura superficie; como los textos pornográficos (los eslóganes políticos, el *American Psycho* de Bret Easton Ellis, la papilla publicitaria) no ofrecían nada sino aquello que podían aprehender los sentidos todo de una vez, fugazmente, sin espacio ni tiempo para la reflexión.

El bosque del espejo de Alicia no está hecho de imágenes como éstas: es profundo y exige pensar aún si (mientras dura su paso) no ofrece un vocabulario para nombrar sus elementos apropiados.

90 La verdadera experiencia y el arte verdadero (por incómodo que se haya vuelto el adjetivo) tienen esto en común: siempre son mayores que nuestra comprensión, incluso que nuestra capacidad de comprender. Este límite exterior siempre está un poco fuera de nuestro alcance, como describió una vez Alejandra Pizarnik:

Y si el alma pregunta ¿Cuánto más lejos?  
se le responderá: del otro lado del río,  
no éste, sino el que está más allá.

Para llegar hasta allí yo he tenido muchos y maravillosos guías. Algunos apabullantes, como Borges; otros más íntimos, como Cortázar o Cynthia Ozick; muchos, vastamente entretenidos, como Chesterton o Stevenson; unos pocos que iluminan más que lo que yo esperaba ver, como el poeta Richard Outram. La escritura de todos ellos no deja de cambiar en la biblioteca de mi memoria, donde todo tipo de circunstancias –la edad y la impaciencia, cielos

diferentes y diferentes voces, nuevas y viejas lecturas— siguen moviendo los volúmenes, tachando pasajes, añadiendo notas en los márgenes, permutando solapas, inventando títulos. Me viene a la mente el moralista Joseph Joubert, cuyos hábitos de lectura fueron descritos por Chateaubriand: “Cuando leía, arrancaba de los libros las páginas que no le gustaban, y de este modo iba conformando una biblioteca personal hecha de volúmenes destripados con cubiertas medio sueltas.” La actividad furtiva de esos bibliotecarios anárquicos expande mi limitada biblioteca casi hasta el infinito: ahora puedo releer un libro como si fuera otro que no he leído nunca. En Bush, su casa de Concord, el septuagenario Ralph Waldo Emerson empezó a padecer de lo que probablemente fuera mal de Alzheimer. Según su biógrafo Carlos Baker:

Bush se transformó en un palacio del olvido... [Pero] leer, decía, era todavía un “placer intacto”. El estudio de Bush se hizo cada vez más su lugar de retiro. Aferrado a la cómoda rutina de la soledad, leía en el estudio hasta el mediodía y por la tarde volvía a él hasta que llegaba a la hora de su paseo. Paulatinamente perdió el recuerdo de lo que había escrito, y le encantó redescubrir sus propios ensayos: “Caramba, esto es realmente muy bueno”, le dijo a su hija.

Algo parecido al redescubrimiento de Emerson me pasa ahora cuando tomo *El hombre que fue jueves* o *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* y los saludos como *Adán a su primera jirafa*.

¿Esto es todo? A veces parece suficiente. En medio de la incertidumbre y de muchas clases de miedo, amenazados por la pérdida, el cambio y el constante dolor, interno y externo, para el que no se puede ofrecer consuelo, los lectores saben que al menos hay, aquí y allá, unos pocos lugares seguros, reales como el papel y vigorizantes como la tinta, que nos conceden albergue durante nuestro paso por el oscuro bosque sin nombres.

**Haruki Murakami** (Kioto, 1949) es uno de los pocos autores japoneses que ha dado el salto de escritor de culto a autor de prestigio. El fragmento señalamos es de *Kafka en la orilla*: Kafka Tamura se va de casa el día en que cumple quince años. Le llevan a ello las malas relaciones con su padre –un famoso escultor convencido de que su hijo repetirá el aciago sino de Edipo– y el vacío producido por la ausencia de su madre; se dirigirá al sur del país, donde encontrará refugio en una peculiar biblioteca y conocerá a la misteriosa señora Saeki. Sus pasos se cruzan con los de otro personaje, Satoru Nakata, sobre quien se ha abatido la tragedia: de niño, durante la Segunda Guerra Mundial, sufrió un accidente del que salió con secuelas y dificultades para comunicarse... salvo con los gatos.

## Kafka en la orilla

92

Entro en la amplia biblioteca de altos techos, doy vueltas alrededor de las estanterías, busco un libro que despierte mi interés. Gruesas y magníficas vigas cruzan el techo. Por la ventana se filtran los rayos de sol de principios de verano. Los cristales están abiertos hacia fuera y, desde el jardín, llegan los trinos de los pájaros. Las estanterías inmediatas a la puerta están, tal como ha dicho Ôshima, atestadas de libros relacionados con el tanka y el haiku. Compilaciones de tanka y compilaciones de haiku, ensayos, biografías. También hay muchos libros sobre la historia local.

En las estanterías del fondo se alinean libros de humanidades: obras de literatura japonesa, obras de literatura mundial, la obra completa de diversos autores, clásicos, libros de filosofía, teatro, obras generales de arte, sociología, historia, biografías, geografía...

Tomo un libro tras de otro, los abro: la mayoría conserva entre sus páginas el olor de épocas pretéritas. Un aroma muy especial a conocimientos profundos y a emociones desatadas que, entre cubierta y cubierta, llevan mucho tiempo sumidos en un apacible sueño. Aspiro el aroma, hojeo algunas páginas y devuelvo los libros a la estantería.

Finalmente elijo uno de los hermosos volúmenes de la versión de Burton de Las mil y un noches y me lo llevo a la sala de lectura. Es una obra que deseaba leer hacía tiempo. En la sala recién abierta al público no hay nadie aparte de mí. Puedo disfrutar en exclusiva



de la elegante estancia. Es como aparecía en la fotografía de la revista. De techo alto, muy amplia, confortable y cálida. A través de las ventanas, abiertas de par en par, penetra la brisa. Las blancas cortinas tiemblan en silencio. Y el viento efectivamente, huele a mar. Nada que objetar sobre la comodidad de los sillones. En un rincón de la estancia hay un viejo piano de pared y yo me siento como si estuvieses de visita en casa de unos buenos amigos.

Sentado en el sofá barro la estancia con la mirada cuando, de improviso, me doy cuenta de que es el lugar que he estado buscando durante largo tiempo. Un hueco en el mundo, un lugar escondido exactamente como éste. Pero hasta ahora se trataba sólo de un lugar secreto en mis fantasías. Ni siquiera creía que un lugar así existiera en realidad. Aspiro una bocanada de aire con los ojos cerrados y el aire permanece dentro de mí como una dulce nube. Es una sensación maravillosa. Acaricio despacio con la palma de la mano la cubierta color crema del sofá. Me levanto, me acerco al piano, alzo la tapa, poso suavemente los diez dedos sobre las teclas amarillentas. Bajo la tapa del piano, doy vueltas por encima de la alfombra, estampada con un motivo de racimos de uva. Enciendo la lámpara de pie, la apago. Contemplo, uno tras otro, los cuadros de las paredes, luego vuelvo a sentarme en el sofá y continúo leyendo el libro. Me concentro en la lectura.

A medio día saco de la mochila la botella de agua mineral y el bentô, tomo asiento en la veranda que da al jardín y almuerzo. Muchos pájaros se acercan, pasan de un árbol a otro, descienden alrededor del estanque, beben agua, se asean. Entre ellos hay pájaros que yo no había visto nunca. Aparece un gato pardo y los pájaros levantan el vuelo precipitadamente, pero el gato no siente ningún interés por ellos. Lo único que quiere es tenderse al sol sobre el pavimento de piedra.

—¿Hoy no tienes clase? – me preguntaba Ôshima cuando dejo de nuevo la mochila antes de entrar en la sala de lectura.

—Sí, tengo. Pero he decidido no asistir durante un tiempo —digo eligiendo las palabras con cuidado.

—Oposición a ir a la escuela —comenta.

—Tal vez.

Ôshima me lanza una mira llena de interés.

—¿Tal vez?

—No es que me oponga a ir, sólo que he decidido no ir —digo.

—¿O sea, que has dejado de ir a la escuela así, por las buenas, voluntariamente?

Me limito a asentir. No se me ocurre qué respuesta dar.

—Según la historia de Aristófanes que sale en El banquete de Platón, en el mundo mítico de la Antigüedad había tres clases de seres humanos —dice Ôshima—. ¿Lo sabías?

—No — respondo.

94 —El mundo antiguo no estaba compuesto por hombres y mujeres sino por hombres-hombres, hombres-mujeres y mujeres-mujeres. Es decir, que un ser humano comprendía dos personas de ahora. Y así vivían todos satisfechos y felices. Sin embargo, dos dioses los partieron a todos con un cuchillo por la mitad. De un corte limpio. Como resultado, el mundo se dividió en hombres y mujeres, y desde entonces los seres humanos van corriendo desesperados de un lado para otro buscando la mitad que les falta.

—¿Y por qué hicieron los dioses eso?

—¿Partir los seres humanos en dos? Pues vete a saber. Los actos de los dioses nunca son fáciles de comprender. Los dioses son irascibles y tienden a ser, ¿cómo te diría?, excesivamente idealistas. Puestos a suponer, tal vez se tratase de algún castigo. Como la expulsión de Adán y Eva del Paraíso que sale en la Biblia.

—El pecado original —digo.

—Exacto. El pecado original —dice hombres-hombres, hombres-mujeres y mujeres-mujeres.. Y hace oscilar el largo lápiz entre los dedos del índice y corazón como si fuera una balanza—.

En definitiva, lo que quería decirte es lo siguiente: para un ser humano es muy duro vivir solo.

Vuelvo a la sala de lectura y sigo con la historia de Abu-al-Hassan, el truhán. Sin embargo, no logro concentrarme en la lectura. ¿Hombres-hombres, hombres-mujeres y mujeres-mujeres?

Cuando las agujas del reloj señalan las dos, dejo el libro, me levanto del sofá y me sumo a la visita guiada. La señora Saeki, la encargada de realizarla, es una mujer delgada que debe detener unos cuarenta y cinco años. Alta para su generación. Lleva un vestido azul de manga corta y una chaqueta fina de color crema sobre los hombros. Muy elegante. El pelo largo y recogido en una cola floja. Cara refinada e inteligente. Ojos bonitos. Y una pálida sonrisa flotando en los labios como una sombra. No puedo expresarlo bien, pero su sonrisa raya en la perfección. Me recuerda un pequeño rincón soleado. Un rincón de especiales contornos que sólo puede nacer en un lugar donde hay cierto tipo de recogimiento. En el jardín de la casa de Nogata<sup>(1)</sup> donde yo vivía existía un lugar de características. Y a mí, desde niño, me había gustado ese rincón.

La señora Saeki me produce una impresión fuerte y a la vez nostálgica. «Ojalá fuese mi madre», pienso. Cada vez que veo a una mujer de mediana edad hermosa (o simpática) pienso lo mismo. Que ojalá fuese mi madre. No hace falta decir que las posibilidades que la señora Saeki sea mi madre son casi nulas. Sin embargo, teóricamente hablando, una remota posibilidad sí la hay. Porque no conozco la cara de mi madre, ni siquiera sé cómo se llama. O sea, que no hay ninguna razón para que no pueda serlo.

A parte de mí, sólo participa en el recorrido un matrimonio de mediana edad de Osaka. La esposa es una mujer regordeta con gafas de gruesos cristales. El marido, un hombre delgado con una cabellera hirsuta que parece haber domado con un cepillo de púas.

1 Barrio del distrito de Nakamo, en Tokio (N. de la T).

De ojos rasgados y frente ancha, recuerda a una de las estatuas de la isla de Pascua con vista perdida siempre en el horizonte. La esposa lleva la voz cantante y el marido se limita a asentir. Además, hace movimientos afirmativos con la cabeza, muestra admiración y, de vez en cuando, farfulla algunas palabras entrecortadas difíciles de entender. La ropa de ambos es más adecuada para ir a la montaña que para visitar una biblioteca. Llevan un chaleco impermeable lleno de bolsillo, unos fuertes zapatones y gorra de alpinista. Quizá vayan ataviados de esta guisa cada vez que salen de viaje. No parecen mala gente. No llego a pensar que ojalá fueran mis padres, pero me siento aliviado al ver que no soy el único integrante de la visita.

96 Al principio, la señora Saeki explica los detalles de la creación de la Biblioteca Conmemorativa Kômura. Viene a decir lo mismo que había contado Ôshima. Cómo abrió sus puertas la biblioteca para exponer al público los libros, documentos y cuadros coleccionados por la familia Kômura durante generaciones, con la finalidad de contribuir al desarrollo de la cultura local. Cómo se creó una fundación financiada con el patrimonio familiar para que administrase la biblioteca. Y cómo se organizaban puntualmente actos culturales que podrían ser conferencias o conciertos de música de cámara. El edificio databa de principios de la era Meiji<sup>(2)</sup> y fue levantado como pabellón anexo al edificio principal para que efectuase las funciones de biblioteca y de residencia de invitados. En la era Taishô<sup>(3)</sup> sufrió unas obras de remodelación de gran envergadura, se convirtió en un edificio de dos plantas. Fue asimismo en aquella época cuando se construyeron unas magníficas habitaciones para los insignes huéspedes que se alojaban en la casa.

---

2 Período que abarca de 1868 a 1912 (N. de la T).

3 Período que va de 1912 a 1926 (N. de la T).

De finales de Taishô a principios de Shôwa<sup>4)</sup>, numerosos artistas y literatos visitaron a la familia Kômura y todos dejaron algún legado de su paso por la mansión.

Los poetas dejaron sus poesías; los poetas de haiku, sus haiku; los literatos, sus escritos; los pintores, sus cuadros como agradecimiento por la hospitalidad de los Kômura.

—Podrán ustedes contemplar una selección del valioso patrimonio cultural de la familia Kômura en la sala de exposiciones de la primera planta —dice la señora Saeki—. Como verán ustedes, la tarea de mantener rica y floreciente la vida cultural de la región recayó en manos de estos ricos aficionados, como la familia Kômura, que en las autoridades locales. Ellos fueron mecenas de las Artes y las Letras. La prefectura de Kagawa ha dado un gran número de poetas de tanka y haiku, y lo cierto es que el ímprobo esfuerzo realizado, generación tras generación, por la familia Kômura en la creación y mantenimiento de un círculo artístico de primera magnitud en la región ha contribuido en gran medida a ello. Sobre la creación de este interesante círculo cultural y su evolución se han publicado numerosos trabajos, en ensayos y memorias que ustedes podrán consultar, si así lo desean, en la sala de lectura.

«Los sucesivos patriarcas de la familia Kômura han tenido profundos conocimientos sobre las Artes y las Letras y, asimismo, han gozado de una aguda intuición para distinguir el verdadero arte de las imitaciones. Es una característica que podría llamarse genética. Siempre han sido capaces de reconocer el auténtico artista, y únicamente a él le han ofrecido atención y soporte para ayudarlo a colmar sus más altas aspiraciones. Sin embargo, como ustedes sabrán, en este mundo no existe un ojo clínico infalible. Y, desafortunadamente, también ha habido excelentes artistas que no pudieron ganarse el favor de los Kômura. Uno de ellos fue el poeta

---

4 Período que va de 1926 a 1989 (N. de la T).

haiku Taneda Santôka, cuya obra fue despreciada. Según el registro de huéspedes, Santôka se alojó aquí en diversas ocasiones y, en cada una de ellas, dejó un poema como agradecimiento. Sin embargo, el patriarca de la familia lo consideraba un farsante «pedigüeño» y lo ignoró deshaciéndose de la mayoría de sus obras.

— ¡Oh! ¡Qué lástima! —dijo la señora de Osaka con acento desolado. Y pensar que ahora valdrían un dineral.

— En efecto —admitió la señora Saeki con una sonrisa—. Pero, en aquella época, Santôka era un completo desconocido. Y era fácil equivocarse. Hay cosas que sólo saben retrospectivamente.

— En efecto. En efecto —asintió el marido.

A continuación, la señora Saeki nos mostró la planta baja. Las estanterías de libros, la sala de lectura, la estancia donde se hallaban expuestos los ejemplares valiosos.

98 — A la hora de construir esta biblioteca, el patriarca de la época decidió evitar el elegante estilo sukiya característico de los artistas de Kioto y optó por levantar un edificio parecido, más bien a una rústica villa campestre con el marco de líneas rectas del edificio, los muebles, las puertas y la decoración muestran un gran lujo y sofisticación. La elegancia de los dinteles, por ejemplo, no tiene parangón. Dicen que para construirlos se reunió a los más ilustres maestros artesanos del Shikou de la época.

Luego subimos todos a la primera planta. La escalera es de techo alzado. La barandilla es de ébano, tan pulida y brillante que da la sensación de que, al tocarla, las huellas de los dedos van a quedar estampadas en ella. En la ventana de enfrente del descansillo hay una vidriera. Representa a un ciervo que, estirando el cuello, está comiendo uvas. En la primera planta hay dos habitaciones para invitados y una sala amplia. Antiguamente, el suelo de la sala debía de estar cubierto de tatami y, en ella, debían de poder celebrarse reuniones y banquetes. Ahora el suelo está recubierto de parquet y, de las paredes, cuelgan rollos de pintura japonesa. En el centro de

la sala hay un expositor de cristal donde se alinean los recuerdos y objetos históricos. Una de las habitaciones es de estilo occidental y la otra de estilo japonés. En la occidental hay un gran escritorio y una silla giratoria, y da la sensación de que todavía hay alguien sentado en ella escribiendo. Entre la hilera de pinos al otro lado de la ventana que se encuentra detrás del escritorio se vislumbra la línea azul del mar.

**Miguel de Cervantes** (1547 Alcalá de Henares, 23 de abril de 1616). Todo el mundo sabe que es el autor de *El Quijote de la Mancha*. Recogemos el capítulo seis, en el que destruye su biblioteca, quemándose los libros uno por uno.

## Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves, a la sobrina, del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana; entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vio, volviéndose a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, dijo:

— Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar echándoles del mundo.

100

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trabajaban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

— No — dijo la sobrina —; no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego y sino, llevarlos al carral, y allí será la hoguera, y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primer leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el cura:

— Parece cosa de misterio esta; porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.



—No, señor —dijo el barbero—; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad —dijo el cura—, y por esta razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es —dijo el barbero— las Sergas de Esplandián, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues, en verdad —dijo el cura— que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama; abrid esa ventana y echarle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el cura.

—Éste que viene —dijo el barbero— es Amadís de Grecia; y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

101

—Pues vayan todos al corral —dijo el cura—; que al truco de quemar a la reina Pintiquinestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, queman con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De este parecer soy yo —dijo el barbero.

—Y aun yo —añadió la sobrina.

—Pues así es —dijo el ama—, vengan, y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorro la escalera, y dio con ellos por la ventana abajo.

—¿Quién es este tonel? —dijo el cura.

—Este es —respondió el barbero— Don Olivante de Laura.

—El autor de ese libro —dijo el cura— fue el mismo que compuso a Jardín de flores; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, o, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante.

—Éste que se sigue es Florismarte de Hircania —dijo el barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? —replicó el cura—. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras; que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.

—Que me place señor mío —respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Éste es El caballero Platir —dijo el barbero.

—Antiguo libro es éste —dijo el cura—, y no hallo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abrióse otro libro y vieron que tenía por título El Caballero de la Cruz.

—Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; más también se suele decir, <<tras la cruz está el diablo>>: vaya al fuego.

102 Tomando el barbero otro libro, dijo:

—Este es Espejo de caballerías.

—Ya conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el Señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que ha destierro perpetuo, si quiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y que hable en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero si hablo en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—; mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiérais —respondió el cura—; y aquí le perdonáramos al señor Capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano; que le quitó mucho de natural valor; y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren

volver en otra lengua: que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando aun Bernardo del Carpio que anda por ahí, y otro llamado Roncesvalles; que éstos, en llegando mis manos han de estar en las del alma, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era Palmerín de Oliva, y junto a él estaba otro que se llamaba Palmerín de Ingalaterra; lo cual visto por el licenciado, dijo:

—Esa oliva se haga luego rajada y se quemé, que aun no pueden della las cenizas: y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la disputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas, la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio: las razones, cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y Amadís de Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre —replicó el barbero—: que este que aquí tengo es el afamado Don Belianis.

—Pues ése —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada

cólera suya, es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordio de justicia; y en tanto, tenerlos vos, compadre, en vuestra casa; más no los dejéis leer a ninguno.

—Que me place —respondió el barbero.

Y, sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y haciendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía: Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.

104 —¡Váleme dios —dijo el cura, dando una gran voz—. ¡Qué aquí esté Tirante El blanco! Dádmele acá, compadre: que hago cuenta que he hallado en el un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella placer de mi vida, con los amores y embustes de la viuda reposada, y la señora emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que lo echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadle a casa y leerle, y veréis que es verdad cuánto dél os he dicho.

—Así será —respondió el barbero—; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

—Éstos —dijo el cura— no deben ser de caballerías, sino de poesía. Y abriendo uno, vio que era La Diana de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—. Bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los demás; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerezca, leyendo esto se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por La Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue —dijo el barbero— es La Diana llamada Segunda del Salmantino; y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino —respondió el cura— acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre y démonos prisa; que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el barbero abriendo otro— Los diez libros de Fortuna de amor compuesto por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recibí —dijo el cura— que desde que Apolo fue Apolo y las musas musas y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que, por su

camino, es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosas de gusto. Dádmele acá, compadre; qué precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares y Desengaños de celos.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura— sino entregarnos al brazo seglar del ama y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es El Pastor de Fílida.

—No es ese pastor —dijo el cura—, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

106

—Este grande que aquí viene se intitula —dijo el barbero— Tesoro de varias poesías

—Como ellas no fueran tantas —dijo el cura—, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es —siguió el barbero— El Cancionero de López Maldonado.

—También el autor de ese libro —replicó el cura— es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye; y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta.

Algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fue mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—La Galatea de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

Muchos años a que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es

más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenerle recluso en vuestra posada. Señor compadre.

— Que me place —respondió el barbero—. Y aquí vienen tres, todos juntos: La Araucana de don Alonso de Ercilla, La Austriada de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y El Monserrate de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

— Todos estos tres libros —dijo el cura— son las mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba Las lágrimas de Angélica.

— Lloráralas yo —dijo el cura en oyendo el nombre— si tal libro hubiera mandado a quemar porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

**Juan Manuel Roca** (Colombia, 1946) poeta, premio Casa de las Américas de Poesía Americana, 2009. Es una de las voces más relevantes del continente. Su obra contiene numerosos títulos entre los que se destacan: *Memoria del agua* (1973), *Luna de ciegos* (1976), *Los ladrones nocturnos* (1977), *Cartas desde el sueño* (1978), *Fabulario real* (1980), *Ciudadanos de la noche* (1989), *Pavana con el diablo* (1990), *Monólogos* (1994), *La farmacia del ángel* (1995).

## Arte del tiempo

Siempre me ha inquietado  
la quietud de los libros,  
esa magia de volver la página  
antes de que caiga  
el hacha del verdugo,  
la repetida sorpresa de saber  
que en la misma línea  
para siempre  
Un hombre se suicida.

108 Allí pende la sogá  
sin que el tiempo la carcoma,  
una muchacha  
sigue sentada en su ventana,  
un caballo pasta eternamente.  
Al despertar, gregorio samsa,  
de filiación desconocida,  
se encuentra en la misma página  
convertido  
En un monstruoso insecto.  
¿Qué decir del viento cálido  
que sigue para siempre levantando  
la falda azul de una mujer  
y que nunca acaba de pasar?  
Abrimos las puertas del libro  
y el tiempo pasa en puntillas  
como un sueño.



**Charles Bukowski** (Alemania 1920, Estados Unidos 1994), escritor y poeta estadounidense que decide dedicarse a la literatura a partir de los años sesenta, es festejado por su literatura sobre mujeres y alcohol. Sin embargo, escribió una gran cantidad de poemas que hablan de las cosas cotidianas, en los que la sencillez podría parecernos simple, pero es un poeta que va más allá como lo muestra en este poema que hemos colocado de este autor que sigue causando adeptos y detractores con su poética.

## El incendio de un sueño

La vieja Biblioteca Pública de Los Ángeles  
ha sido destruida por las llamas.  
aquella biblioteca del centro.  
con ella se fue  
gran parte de mi  
juventud.

estaba sentado en uno de aquellos bancos  
de piedra cuando mi amigo  
Baldy me  
preguntó:  
«¿vas a alistarte en  
la brigada Lincoln?»  
«claro», contesté  
yo.

pero, al darme cuenta de que yo no era  
un idealista político  
ni un intelectual  
renegué de aquella  
decisión más tarde.

yo era un lector  
entonces  
que iba de una sala a  
otra: literatura, filosofía,  
religión, incluso medicina  
y geología.

muy pronto  
decidí ser escritor,  
pensaba que sería la salida  
más fácil  
y los grandes novelistas no me parecían  
demasiado difíciles.

tenía más problemas con  
Hegel y con Kant.

lo que me fastidiaba  
de todos ellos  
es que  
les llevara tanto  
lograr decir algo  
lúcido y/o  
interesante.

110

yo creía  
que en eso  
los sobrepasaba a todos  
entonces.

descubrí dos cosas:  
a) que la mayoría de los editores creía que  
todo lo que era aburrido  
era profundo.  
b) que yo pasaría décadas enteras  
viviendo y escribiendo  
antes de poder  
plasmear  
una frase que

se aproximara un poco  
a lo que quería  
decir.

entretanto  
mientras otros iban a la caza de  
damas,  
yo iba a la caza de viejos  
libros,  
era un bibliófilo, aunque  
desencantado,  
y eso  
y el mundo  
configuraron mi carácter.

vivía en una cabaña de contrachapado  
detrás de una pensión de 3 dólares y medio  
a la semana  
sintiéndome un  
Chatterton  
metido dentro de una especie de  
Thomas  
Wolfe.

mi principal problema eran  
los sellos, los sobres, el papel  
y  
el vino,  
mientras el mundo estaba al borde  
de la Segunda Guerra Mundial.  
todavía no me había  
atrapado

lo femenino, era virgen  
y escribía entre 3 y  
5 relatos por semana  
y todos  
me los devolvían, rechazados por  
el New Yorker, el Harper's,  
el Atlantic Monthly.  
había leído que  
Ford Madox Ford solía empapelar  
el cuarto de baño  
con las notas que recibía rechazando sus obras  
pero yo no tenía  
cuarto de baño, así que las amontonaba  
en un cajón  
y cuando estaba tan lleno  
que apenas podía  
abrirlo  
sacaba todas las notas de rechazo  
y las tiraba  
junto con los  
relatos.

112

la vieja Biblioteca Pública de Los Ángeles  
seguía siendo  
mi hogar  
y el hogar de muchos otros  
vagabundos.  
discretamente utilizábamos los  
aseos  
y a los únicos que  
echaban de allí  
era a los que

se quedaban dormidos en las  
mesas  
de la biblioteca; nadie ronca como un  
vagabundo  
a menos que sea alguien con quien estás  
casado.

bueno, yo no era realmente un  
vagabundo, yo tenía tarjeta de la biblioteca  
y sacaba y devolvía  
libros,  
montones de libros,  
siempre hasta el límite de lo permitido:  
Aldous Huxley, D.H. Lawrence,  
e.e. Cummings, Conrad Aiken, Fiódor  
Dos, Dos Passos, Turgénev, Gorki,  
H.D., Freddie Nietzsche,  
Schopenhauer,  
Steinbeck,  
Hemingway,  
etc.

113

siempre esperaba que la bibliotecaria  
me dijera: «qué buen gusto tiene usted,  
joven».

pero la vieja  
puta  
ni siquiera sabía  
quién era ella,  
cómo iba a saber  
quién era yo.

pero aquellos estantes contenían  
un enorme tesoro: me permitieron  
descubrir  
a los poetas chinos antiguos  
como Tu Fu y Li Po  
que son capaces de decir en un  
verso más que la mayoría en  
treinta o  
incluso en cientos.  
Sherwood Anderson debe de haberlos  
leído  
también.  
también solía sacar y devolver  
los Cantos  
y Ezra me ayudó  
a fortalecer los brazos si no  
el cerebro.

114

maravilloso lugar  
la Biblioteca Pública de Los Ángeles  
fue un hogar para alguien que había tenido  
un  
hogar  
infernol  
ARROYOS DEMASIADO ANCHOS PARA  
SALTARLOS  
LEJOS DEL MUNDANAL RUIDO  
CONTRAPUNTO  
EL CORAZÓN ES UN CAZADOR SOLITARIO

James Thurber  
John Fante  
Rabelais  
de Maupassant.

algunos no me  
decían nada: Shakespeare, G.B. Shaw,  
Tolstoi, Robert Frost, F. Scott  
Fitzgerald

Upton Sinclair me llegaba  
más  
que Sinclair Lewis  
y consideraba a Gogol y a  
Dreiser tontos  
de remate.

115

pero tales juicios provenían más  
del modo en que un hombre  
se ve obligado a vivir que de  
su razón.

la vieja Biblioteca Pública de Los Ángeles  
muy probablemente evitó  
que me convirtiera en un  
suicida,  
un ladrón  
de bancos,  
un tipo  
que pega a su mujer,  
un carnicero o  
un motorista de la policía

y, aunque reconozco que  
puede que alguno sea estupendo,  
gracias  
a mi buena suerte  
y al camino que tenía que recorrer,  
aquella biblioteca estaba  
allí cuando yo era  
joven y buscaba  
algo  
a lo que aferrarme  
y no parecía que hubiera  
mucho.

116 y cuando abrí el  
periódico  
y leí la noticia sobre el incendio  
que había destruido  
la biblioteca y la mayor parte de  
lo que en ella había.

le dije a mi  
mujer: «yo solía pasar  
horas y horas  
allí...».

**EL OFICIAL PRUSIANO  
EL ATREVIDO MUCHACHO DEL TRAPECIO  
TENER Y NO TENER  
NO PUEDES RETORNAR A TU HOGAR.**



**Manuel Porras**, bibliómano mexicano, en este pequeño texto nos habla de una raza en extinción de lectores ¿Habría que creerle? O dejamos que el tiempo siga su curso a ver qué pasa con libros, lectores, autores y editores. Revista de México. Número uno/enero- febrero de 1991, p. 44

## Los oficios perdidos

Hoy en día, los bibliómanos son “una especie” casi en extinción, cada vez más difícil de encontrar. En la actualidad las bibliotecas se ven abarrotadas solo por alumnos que han sido impulsados a visitarlas por sus profesores. La imagen del hombre encorvado que únicamente denuncia su interés por el destello de su mirada de un incunable europeo o americano, una edición príncipe, una encuadernación marroquinada en oro o algún manuscrito de procedencia inimaginable, entre otros, para consultar y anotar, con la única finalidad de obtener el conocimiento modesto que otorga la verdadera sabiduría, ya es historia.

Entre las causas que han suscitado el desinterés por este “oficio perdido” se podría notar la difusión de ediciones populares, la información a través de los medios de comunicación masiva, la aparición de las computadoras y hasta las aventuradas profecías, como las de Ray Bradbury, en Fahrenheit 451, que vaticina la próxima desaparición del libro.

Mientras esto sucede, las capitulares en xilografía las estampas gravadas en madera, las artísticas viñetas, los tersos papeles de algodón, las encuadernaciones en pergamino y todo el más rico universo que ha desarrollado el hombre desde la aparición de la imprenta, esperan pacientemente al individuo que ha de llegar a la biblioteca a descubrirlos.



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE  
**PICHINCHA**  
EFICIENCIA Y SOLIDARIDAD